

HISTORIAS DE LORD BYRON:



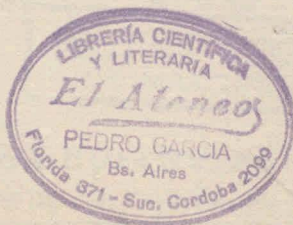
COLECCION ARAUZE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes
Premiadas en la Exposición de Leipzig

HISTORIAS
DE
LORD BYRON



OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT.

El censor,

Antonio Aragón Fernández
Presbítero

Barcelona, 19 de diciembre de 1927

IMPRIMASE

José, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia., Ilma.

Dr. Francisco M.^a Ortega
de la Lorena

Canciller-Secretario

134120

HISTORIAS DE LORD BYRON

RELATADAS A LA JUVENTUD

POR

JOSÉ BAEZA

CON ILUSTRACIONES DE

J. RAPSOMANIKIS

29.174



CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

114x143

HISTORIAS DE LORD BYRON

TRADUCIDAS A LA JUVENTUD

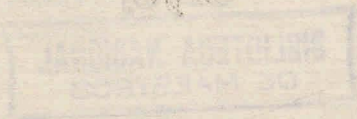
POR

JOSE BARRA

CON ILUSTRACIONES DE

JOSE BARRA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



CASA EDITORIAL AMALITE

CALLE DE LAS GONZALEZ - SAN LUIS

LIBRO 10 8115

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PROLOGUILLO	9
EL CONDE LARA	13
EL PIRATA.	47
BEPPPO	97

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

El cadáver del Conde Lara. *Frontispicio*

	<u>Páginas</u>
...y la emprendo a mandobles	21
...clava su espada en el pecho,.	37
—¡Amado mío! ¡Esposo mío!.	43
...agitando su blanco pañolillo	56
—¿Dónde están los piratas?...	65
...rígida, con los brazos caídos...	81
La góndola se acercó a la...	105
Es un caballero vestido de turco	123

PROLOGUILLO

Raro será el niño que no haya oído pronunciar repetida veces el nombre de Lord Byron. Como Cervantes, como Shakespeare, como Calderón, Byron es algo que percibimos y respiramos apenas los ojos de nuestra inteligencia se asoman a los primeros recintos de la instrucción y de la cultura.

Y es que Byron fué uno de los más grandes poetas, no sólo de su siglo, sino de todos los tiempos.

Nació en Inglaterra en el año mil setecientos ochenta y ocho, y murió en el mil ochocientos veinticuatro.

Su mayor afición la constituyeron los viajes y dedicó a España su primera visita. El suelo andaluz, con su sol, con su cielo tan distinto

al gris y neblinoso de su país, con su alegría y la vivacidad de su carácter, le impresionó tan hondamente, que más de un crítico asegura que el gran poeta que Byron llevaba dentro se formó en Andalucía.

La inquietud, la desesperación, el nervosismo de la época, llenaba el alma de Byron. Fué un poeta esencialmente dramático, y, sin embargo, profesaba particular amor, como lo demuestra en sus viajes, a los pueblos que se distinguían por la alegría de su sol y la cordialidad de su ambiente. Vivió en Ginebra, en Venecia, en Roma, en Atenas, en Cádiz...

Como suele suceder a los poetas y escritores que tienen un estilo propio, Byron se vió en los comienzos de su carrera rodeado de la indiferencia y la incomprensión. Los poetas consagrados le consideraban un joven audaz y sin mérito alguno. Nadie leía ni estimaba sus obras; nadie le rendía el homenaje de consideración que él creía merecer e indiscutiblemente merecía.

Esto fué causa de que cobrara a su país un

rencor que no borraron los años. Y por eso buscó los países de cielo azul y ambiente alegre y despejado. Era el mejor modo de olvidar la niebla y el cielo gris de su ingrato Londres.

La obra más famosa de Byron es, sin duda alguna, su comentadísimo Don Juan, del mismo modo que los más adecuados para las mentalidades jóvenes son sus poemas, de los cuales hemos elegido nosotros, estos tres para formar este librito que brindamos a nuestros jóvenes y amables lectores que entre sus muchos méritos, poseen el del interés y la continua acción.

J. B.

HISTORIAS DE LORD BYRON

I

EL CONDE LARA

I

El castillo de Lara forma la cumbre de un monte en el cual armonizan los colores pardos de la tierra y los tonos verdes de la vegetación.

No se vió en muchos años ni en muchas leguas a la redonda tierra tan maravillosa como la que forma la elevación del terreno sobre el que se alza el castillo de Lara. Es a trechos tan negra, que más que tierra semeja carbón, y tan pedregosa y abrupta en algunos puntos de su vertiente, que da la impresión de una gigantesca roca enclavada allí hace siglos por la mano de algún titán ultraterreno.

Sin embargo, de ese suelo negro y duro, por los resquicios de las rocas y en las hendiduras de la tierra que dan la impresión de inmensas bocas petrificadas o convertidas en hierro, brotan las plantas más extrañas y las flores más singulares.

Todo el monte está cubierto de flores y frondas. Árboles gigantescos, de recias y retorcidas raíces; espinosas plantas trepadoras; fino y húmedo céped; menudas florecillas de todos los colores, que fingen fantásticos tapices; amplias flores de matiz sombrío que se balancean majestuosamente sobre los largos tallos...

Diversas sendas remontan serpeando la montaña. Trazan en el suelo como una diabólica red, entrecruzándose y siguiendo todas las direcciones, pero ni una sola deja de conducir al castillo de Lara.

Este es una pétreo mole erizada de almenas. Su arquitectura es tan laberíntica, que cuando sopla el huracán, un aullido semejante al de una manada de lobos hambrientos, puebla los espacios en todo el señorío. Sus cimien-

tos se conmueven, se estremece la tierra y oscilan los muros. Entre tanto, en el monte, los árboles se doblan y rugen, las plantas se quiebran y las flores se deshojan hechas pedazos.

Está imponente el señorío de Lara cuando sopla el huracán.

Pero ¿quién es Lara? ¿dónde está Lara? El señorío, en conjunto, es algo tan singular como el monte sobre el que se yergue el castillo. Entre vasallos y esclavos reina una sorprendente libertad. No existe el temor a la tiranía, al cuchillo y a la horca que cohibe a los habitantes de los señoríos cercanos. Alrededor del monte donde se eleva el castillo de Lara triunfa la alegría del vivir, el amor mutuo y la honrada libertad. El temor a la muerte y a la tortura está muy lejos del señorío de Lara. ¿Quién es Lara, pues? ¿Es, acaso, un caballero que, como una excepción en su época, no despliega sobre sus súbditos las densas alas de la tiranía? ¿Es posible que entre la miseria y crueldad reinantes haya un verdadero corazón?

¿Quién será, qué será ese Lara que gobierna el señorío?

* * *

Bolarín, el paje, desciende de las alturas del castillo. Va por una senda tortuosa que conduce a un viejo molino que hay al pie del monte. El molino está aislado al fin de la ladera, luego hay una extensa llanura en declive que termina en una fila de casuchas. Y tras ellas, corre un río.

Bolarín avanza con la cabeza doblada sobre el pecho y los brazos caídos sobre las caderas. Es un muchacho rubio y muy joven, más bien delgado que grueso y con una mirada tan lánguida que resulta conmovedora.

Bolarín se detiene de trecho en trecho y lanza un suspiro. Después reanuda la marcha en la misma actitud de pesadumbre.

Cuando llega al molino, asoma la cabeza por su obscura puerta. No dice nada, pero desde el fondo de las tinieblas surge una voz que le da la bienvenida.

—¡Hola, Bolarín!

—Dios te guarde, molinero.

—¿Qué te trae por aquí, mi joven amigo?

Y de la sombra emerge una figura enjuta y encorvada que se detiene junto a Bolarín en el marco de la puerta. Es Alonso, el molinero, el viejo Alonso de todos conocido y por todos amado. Día y noche se pasa encerrado en el viejo molino de pesado portón y paredes desconchadas. Por el caserío corre la voz de que habla con los santos y adivina el porvenir de las personas. En las noches de tormenta, cuentan los caminantes que la angosta ventana del molino permanece abierta y que a través de ella se ve brillar la luz de una oscilante bujía. Cuando en los crepúsculos los murciélagos revolotean locamente batiendo las jambas del ventano, el molinero los caza fácilmente hipnotizándolos con un paño negro. A los cuervos y a las lechuzas del mal, los mata de una sola mirada. Las palomas, en cambio, comen en sus manos y se posan amorosamente sobre sus hombros.

Pero, a pesar de esta atmósfera de hechizo

que le circunda, nadie le teme. Saben que es bueno y que todos sus actos van encaminados al bien.

Bolarín es uno de sus mejores amigos. La mayoría de las tardes, el paje desciende del castillo y, después de pedir un poco de agua al molinero, se queda charlando con él hasta el anochecer. Por eso ahora dice, respondiendo al saludo del anciano.

—¿Me haces la merced de un poco de agua?

El viejo desaparece y vuelve a poco con una jarra en la mano. Cuando Bolarín ha bebido, le pregunta :

—¿Dónde vas?

—No sé—responde el paje tristemente.

—¿No tienes nada que hacer?

—Como de costumbre... Rara es la tarde en que, a estas horas, no estoy ya de sobra en el castillo. Me envían a paseo porque dicen que, más que otra cosa, les causo molestias...

—¿Y eso te apena?

—Sí. Yo no soy hombre para estar parado. Yo sé que el trabajo engendra la gloria. Quie-

ro ser fuerte y trabajador, valiente y sabio para llegar adonde llegan los grandes señores.

Y se queda un momento extático, con la mirada fija en el cielo. De pronto exclama :

—Mira, esta noche he tenido un sueño magnífico, un sueño que me ha hecho sentirme desgraciado al despertar. Era un atardecer como este que ya se acerca. Reinaba la paz en el mundo, y yo, a lomos de un ligero corcel, volaba a través de los campos con la espada pendiente de mi cintura y los ojos fijos en el horizonte. De súbito, una voz dulcísima atrae mi atención. Es una voz de mujer que canta una balada celeste. ¿De dónde proviene la voz? Detengo mi caballo, escucho... La voz viene con el viento. Tiro de la brida, cambia de dirección el caballo, y allá vamos él y yo, a campo traviesa, hacia el punto de donde proviene la voz maravillosa. Llegamos a una colina de roca, donde no existe el menor vestigio de vegetación y el corcel se detiene por sí solo, sin que yo se lo indique, y se niega tercamente a seguir adelante, al mismo tiempo que vuelve la cabeza hacia el montón

de rocas. El canto ha cesado. No se oye el menor ruido en la campiña. Sólo el cocear del corcel que, inquieto, nervioso, se vuelve hacia la colina de rocas con las orejas levantadas. La persistente actitud del animal me obliga a apearme y a dirigirme hacia la colina para ver qué puede haber en ella que le causa tan intensa inquietud. Cuando llego al montículo de rocas, me detengo aterrado. Veo una hendidura enorme y ante ella, como guardándola, un animal que hasta entonces no había podido ni imaginar siquiera. Tiene dos cabezas: una de cocodrilo y otra de león. Su cuerpo está cubierto por grandes escamas. Sus patas traseras son como las de los caballos, pero las delanteras se asemejan en todo a las de las águilas. Sin embargo, el monstruo no salta ni corre, sino que anda deslizándose como los reptiles. Permanezco un instante inmovilizado por la sorpresa. El monstruo me mira con sus ojos verdes. De pronto, en medio del silencio, se oye la misteriosa voz de la cantante, que entona su dulce balada. Y al mismo tiempo, el fantástico animal, se levanta sobre sus pa-



...y la emprendo a mandobles.

tas traseras, como si se dispusiera a saltar sobre mí. Yo, recobrando repentinamente mi valor, desenvaino la espada y la emprendo a mandobles con el terrible guardián de la caverna. Por dos veces su espantosa zarpa pasa rozando mi rostro, que yo logro retirar a tiempo, y por dos veces mi espada certera hiere en el cuello al animal. Revuélvese el monstruo iracundo, babeando; de un salto felino cae sobre mí, oprimiéndome con su blanco vientre. Me creo perdido, pero de pronto advierto que el animal rueda perneando y me libera de su peso. Y el monstruo agoniza. Todo lo comprendo al punto al ver mi espada ensangrentada. Es que el acero se ha introducido en su corazón cuando ha saltado sobre mí. Me apresuro a internarme por la hendidura. Sólo sombras descubren mis ojos. Sopla el viento y es aterrador el ruido que produce al deslizarse por entre los intersticios de las rocas y las vueltas y revueltas de la caverna. En uno de los recodos, mis pies tropiezan con algo. Y ese algo es un cuerpo vivo que se enrosca a mis piernas. ~~¿Algún nuevo mons-~~

truo? No. Pronto oigo una dulce voz que me dice: «Socorredme, caballero». Me inclino, rompo las cadenas que sujetan a la infeliz cautiva y corro con ella en brazos hacia la salida de la caverna. Mas cuando me dispongo a transponer el rústico umbral con la confianza de que el único que podía interceptarme el paso está muerto, diez, veinte monstruos semejantes al que hube de dar muerte para entrar en la caverna, surgen ante mí amenazadoramente. Yo, que ya he visto a la luz del día el rostro hermosísimo de la dama, dejo mi preciosa carga en el suelo y la emprendo a espaldas con los terribles animales. Uno a uno, van cayendo con el corazón atravesado. Cuando el paso queda libre, vuelvo a tomar en brazos a mi dama y, a través de la tierra ensangrentada, la llevo hasta mi caballo, a lomos del cual la conduzco a su castillo. Pues se trata de una dama distinguidísima, nieta de reyes, que me ofrece su mano, no sólo por gratitud hacia su salvador, sino por amor a su galán...

Cuando concluye el relato de su sueño, tie-

ne el rostro encendido y le relampaguean los ojos. El viejo molinero sonríe.

—  Ilusiones de juventud ! — exclama—.   Bellas ilusiones de juventud !

Pero Bolarín replica cada vez más excitado.

—  Ilusiones que han de cumplirse !   Sueños que han de convertirse en realidad ! Yo quiero ser algo, yo quiero ser alguien, yo no puedo seguir así. Si hay patatas que mondar, me mandan a la cocina como pinche. Si hay mucho que hacer en los establos, ya me tienes a mí entre los animales ; pero como la mayor parte de las veces está todo hecho, me envían a pasear o a que me toque las narices. Y esto es muy desagradable.   Yo te aseguro que en cuanto pille un dragón... !

—Ten paciencia. Ya llegar  el día en que tengas un trabajo honroso y seguro.

—Ya llegar , ya llegar ... Siempre me dices lo mismo. Pero nunca me explicas qué día va a ser ese y qué va a suceder en él.

El viejo molinero se le queda mirando fijamente.

—  Lo quieres saber ?   quieres saber qué

día será ese en que llegue para ti la hora del trabajo dignificador? Voy a decírtelo en seguida. Como creo que no ha de tardar, me parece conveniente que estés preparado.

Y entra en su sombría vivienda, apareciendo casi en seguida con dos escabeles.

En uno de ellos hace sentar a Bolarín y en el otro se sienta él.

—¿Quién es tu amo?—pregunta el anciano acto seguido.

—¿Mi amo? Yo no tengo amo.

Entonces el molinero dice misteriosamente:

—Sí lo tienes, sí lo tienes. Lo que sucede es que no le conoces.

Bolarín, intrigadísimo, fija los ojos en su anciano camarada.

—Sí lo tienes—repite éste—. Tu señor y el de todos nosotros es el señor de Lara.

—¿Y dónde está?

—Nadie lo sabe.

—¿Nadie?

—Nadie absolutamente. Una noche de verano desapareció y no se ha vuelto a saber de él.

—¡ Oh !—exclama el paje asombrado—. Y ¿hace mucho tiempo que se fué?

—Mucho. Cuando era tan joven como tú. Murieron sus padres, y él, a pesar de que en el mundo estaban aún sus abuelos, quiso ganar fortuna y fama por sí solo y se alejó una noche del señorío a lomos de un ligero corcel y sin más compañía que la de su espada. Murió por aquel entonces tu madre, la más antigua sirvienta del castillo, y las abuelas de Lara, compadecidas de tu orfandad—tú eras en aquel tiempo un niño de dos años—te nombraron paje de su nieto, para que tuvieras un cargo que te diera derecho a comer y vivir en el castillo .

—¿Paje a los dos años?

—Para cuando volviera Lara. Así lo hicieron constar en el testamento.

—¿Luego, Lara es mi amo?

—Sí.

—¡ Oh ! ¡ Que vuelva Lara ! ¿Cuándo volverá? ¿Lo sabes tú?

El anciano vacila un instante, pero dice al fin resueltamente :

—Lo presiento. Lara no tardará en volver.

—¡Oh, Dios te oiga, viejo amigo! Y ¿le acompañaré en sus cacerías y cuando haya guerra iré a su lado?

—Siempre, siempre serás su compañero inseparable. La suerte que él corra la correrás tú. Si un dragón o veinte le interceptan el paso, tu espada se ha de mover tanto como la suya.

—¡Oh, qué felicidad! Voy a matar dragones.

Y, poniéndose en pie, comienza a dar saltos y a hacer cabriolas.

—¡Lara vuelve! ¡Vuelve mi amo! — exclama.

Y es inútil que el viejo molinero trate de hacerle callar y de retenerle.

Bolarín, loco de alegría, emprende una loca carrera hacia el castillo, deteniéndose tan sólo para librar batallas con imaginarios dragones.

Y con sus saltos y sus piruetas, llega al castillo cuando ya el día comienza a declinar.

II

Y Lara llega. Viene a lomos de un hermoso corcel y un paje le acompaña. Su rostro está curtido por el sol y por el frío, hay en sus ojos una huella de cansancio moral y material, pero no por eso ha perdido la soberana expresión que caracterizó a sus antepasados. Diversas cicatrices surcan sus manos y su rostro, pero no por eso ha menguado la varonil belleza que fué el principal distintivo de su raza.

En sus aladares blanquean ya las primeras canas. Sin embargo, bajo sus ropas se contrae la férrea musculatura de sus brazos y de su pecho.

Silenciosamente, sin agradecer más que con ligeros movimientos de mano las muestras de simpatía con que el pueblo le recibe, atraviesa el rastrillo y entra en la mansión de sus mayores, seguido de cerca por su paje.

¡ Su paje ! ¿ En qué ignoradas tierras ha hallado al bello doncel que le acompaña ? Es un joven de rostro perfecto y finísimo, ojos claros, manos pequeñas, cuerpo de estatua. Bajo el emplumado gorro, asoman unos rizos que se dirían de seda. ¿ De qué tierra o de qué cielo ignorado ha arrancado a tan bello doncel ?

Misterio. Todo cuanto a Lara se refiere es un misterio que nadie logra descifrar. Pasan días y días y el pueblo sigue ignorándolo todo. Lara no habla. Calla siempre. El silencio es su compañero inseparable. Sólo con su paje tiene algunas conversaciones, pero en un idioma extranjero que nadie entiende. La curiosidad aumenta de día en día. Bolarín, el más perjudicado, va del molino a la fortaleza y de la fortaleza al molino, dado a todos los diablos.

— ¡ Eh, viejo amigo ! — llama desde la puerta al molinero.

Y el anciano sale. Pero en su rostro no se refleja la preocupación que embarga al pueblo entero. Al contrario, su semblante tiene la plácida expresión de siempre.

—¡Esto es insoportable!—exclama, furibundo, Bolarín.

—¿Qué te sucede?—pregunta el viejo.

—¿Que qué me sucede? ¿Es necesario para que lo comprendas que yo te lo explique? ¿No ves que mi amo es un misterio viviente? Y, lo que es mucho peor aún, ¿no ves que mi amo se ha traído a su paje? ¡Ah, ya sabía yo que no podía ser cierta tanta felicidad! ¡Compañero inseparable de un gran señor, de un esforzado paladín! ¡Ah, amigo mío! ¿Sabes lo que he estado haciendo todo el día? Pues pelar patatas.

—Pero ¿tu amo...?

—No ha querido ni verme. Dice que ya tiene su paje y que si sus abuelos dejaron ordenado que perteneciera a la servidumbre del castillo, siguiese haciendo lo que hice durante su ausencia. ¡Y yo no he hecho otra cosa que mondar patatas y echar de comer a los caballos! Lo que quiere decir que estoy destinado a ser un vil cocinero o un miserable mozo de cuadra. ¡Ah!—y se puso en pie llevándose

una mano al pecho—, pero yo te aseguro que eso no llegará.

Quedó un instante pensativo y de pronto preguntó :

—Tú que lo sabes todo, dime : ¿quién es ese hermoso paje que mi señor se ha traído de tierras extranjeras?

El anciano se encogió de hombros.

—Respecto a ese punto, nada sé.

El paje, nerviosísimo, comenzó a medir con sus pasos el umbral del portón que daba paso al interior del viejo molino, mansión del anciano molinero.

—¡ Un dragón, un dragón !—exclamó el paje—. En cuanto me tropiece con uno, le dejo más molido que el trigo después de pasar por la muela.

Y, sin despedirse del molinero, se fué montaña arriba, blandiendo el tronco de una rama seca y atacando con ella a todas las grandes piedras y altas matas que encontraba en su camino.

Y pasó un día y otro día. El pueblo se iba ya acostumbrando al silencio de su señor y al enigma que se cernía sobre él, cuando una noche...

III

Lara, como todo caballero de la comarca que poseyera a un tiempo mismo fortuna y nobleza, fué invitado a la fiesta que se daba en el castillo de Otón.

Los salones estaban espléndidamente iluminados y en uno de ellos una mesa ricamente preparada con flores, vajillas de plata y tallada cristalería prometía a los invitados el regalo de una suculenta comida.

En otro salón, donde ahora se congregaban todos los asistentes a la fiesta, la gracia de las jóvenes danzarinas trazaba caprichosos círculos bajo las lámparas tan luminosas como soles.

Aquí está Lara, con los brazos cruzados y apoyado en una columna. ¿Está atento a la danza de las danzadoras? ¿Escucha la música que marca el ritmo del baile...? No. Los ojos del caballero tienen una mirada turbia

y que parece perdida en lejanos horizontes. Está abstraído. ¿Por qué regiones ignoradas vagará su pensamiento?

De pronto, algo le distrae y hace cambiar de dirección su mirada. Un extranjero, desconocido para la mayoría de los invitados, ha pasado cerca de él y le ha mirado con fijeza.

Lara no está acostumbrado a soportar impertinentes miradas y fija a su vez sus ojos en el desconocido.

Este se acerca a él y le dice con impertinente tono :

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que estás aquí?

Lara, irguiéndose, pero con acento fríamente desdeñoso, responde :

—Cuando sepa quién eres contestaré a tus preguntas. No acostumbro a arrepentirme de nada de lo que hago y, por tanto, respondo a todo francamente.

Y vuelve despreciativamente la espalda al extranjero, mas éste le sale al paso y replica :

—¿Estás seguro de que responderás a cualquier pregunta que te haga? Piénsalo bien.

¿No tienes nada que callar como se calla una vergüenza?

Lara sonríe.

—Tan vagas y obscuras amenazas no me conmueven. Cuando sepa quién eres o alguien responda de ti, podr  prestarte atención.

En esto el dueño del castillo, Otón, se acerca.

—No me parece conveniente turbar la alegría de la fiesta—dice—. Si el noble Ezelín tiene que hacer alguna manifestación que interese al conde Lara, aplase hasta mañana esta conversación. Yo respondo de ti, Ezelín. En cuanto a Lara, si, como presumo, ha heredado la hidalguía de sus abuelos, sabr  también comportarse como exigen las leyes de la caballería.

—Bien. Entonces, conde Lara, hasta mañana. Aquí estar  a esta misma hora. De antemano, juro por mi vida y por mi espada no decir nada que cierto no sea.

Y permanece con los ojos fijos en Lara, como aguardando una respuesta.

 Responde Lara? Est  sumido en profun-

das meditaciones. Bien a las claras se ve que recuerda el rostro del extranjero. ¿Qué mal habrá hecho el conde al noble Ezelín?

Lara, al fin, alza el rostro y dice con fingido desdén :

—Está bien. Hasta mañana.

Y sus palabras acusan una misteriosa y repentina determinación.

Prosigue la fiesta, pero Lara hace una seña a Kaled, su paje, y sale del castillo.

Poco después, lo hace Ezelín.

En la vivienda de Otón, todo es luz y alegría. Fuera sopla el aquilón y reina la sombra.

* * *

Al día siguiente, a la hora de la cita, el conde Lara llegó puntualmente al castillo de Otón, donde ya el dueño de la vivienda y los más distinguidos caballeros de su señorío aguardaban a los rivales.

Pero Ezelín no llegaba. Pasó tiempo y más tiempo y Otón, cuya frente se iba anublando, dijo al fin en un alarde de nobleza :

—Sé muy bien quién es mi amigo y tengo la seguridad de que si vive acudirá a la cita. No me explico este retraso, pero repito que respondo y que estoy dispuesto a borrar en su nombre la mancha que pueda haber impreso en la ley de la caballería.

Lara fijó en él una mirada altiva y repuso :

—Por ti he venido a este lugar para prestar oído a las acusaciones de un extranjero que ayer sólo traté con el desprecio que merecía. Y como el extranjero no acude, exijo una reparación. Preséntamela en el acto o responde tú por él con tu espada.

Retrocedió Otón encendido de ira y replicó desenvainando la espada :

—Prefiero lo último. Defiéndete.

Y Lara empuña el acero. Momentos después, en aquel regio salón del castillo donde un día antes bullían el placer y la alegría de la fiesta, sólo se oye el entrechocar de las espadas.

Otón ataca furiosamente, pero Lara evita los golpes con magnífica serenidad. La ira de aquél no tarda en presentar al conde una opor-



...clava su espada en el pecho,

tunidad de herirle, y Lara, aprovechándola, clava su espada en el pecho del enemigo.

Al ver a su rival en el suelo y bañado en sangre, tiene por un instante la tentación de acribillarlo a estocadas hasta darle muerte, pero cede a la súplica de los caballeros que le rodean y, envainando el acero, sale del castillo y se dirige al suyo, jinete en su brioso corcel.

Nadie que le vea pasar, podrá advertir en el impassible rostro del conde que acaba de librar un duelo con el señor de Otón.

IV

Fué inútil que se buscara a Ezelín. Se halló su casa sola, con el lecho sin deshacer y el caballo en el establo. Se hicieron pesquisas minuciosas en todos aquellos contornos y se recorrieron todos los pueblos de la comarca. En vano, siempre en vano. El extranjero había desaparecido sin dejar el menor rastro.

Una sospecha comenzó a circular de pensamiento en pensamiento y de boca en boca. Habría matado Lara a Ezelín la noche misma de la fiesta en el castillo de Otón?

Este, entre tanto, sanó de sus heridas. Tras unos días de convalecencia, recuperó todo su coraje y todo su afán de lucha, mezclado ahora a un profundo anhelo de venganza.

Cuando el rumor que tachaba a Lara de criminal llegó a oídos de Otón, éste no vaciló en hacer oficialmente la denuncia a los tribu-

nales, para que se exigiera a Lara cuenta de la desaparición de Ezelín.

Esto creó en toda la comarca una atmósfera adversa al conde, que era una terrible amenaza para su vida.

Lara, comprendiéndolo, se apercibió para la guerra. Dió libertad a los esclavos y éstos, agradecidos, prometieron seguirle hasta la muerte.

Sus demás vasallos, reconocidos también a su señor por la libertad en que durante tantos años les dejara y por la dulzura con que les tratara desde su regreso, no dudaron un instante en defender el escudo de su dueño.

Y se entabló la guerra. Cuernos sonoros y entrechocar de lanzas, gritos de lucha y galopar de caballos. Cuando la noche tendió sobre el mundo su sombrío velo, los soldados de Lara, con él al frente, se abalanzaron sobre el primer señorío que hallaron en su ruta.

La sorpresa les dió el triunfo. Fluyó la sangre formando arroyos, cayeron docenas de cadáveres desde lo alto de las torres. Cuando el día amaneció, Lara era dueño de un nuevo

castillo y sus soldados de todas cuantas riquezas encerraba el señorío.

Al caer la tarde de aquel día, nuevamente sonaron las trompas guerreras y la horda enardecida cruzó los campos en dirección al señorío próximo. Aquí la victoria fué más difícil, porque el enemigo estaba preparado. Pero también triunfó Lara. También al amanecer era dueño de un nuevo castillo y sus soldados de un botín más abundante.

Pero al anochecer de aquel día...

Antes de que Lara se dispusiera al ataque fué atacado. Un ejército enemigo bien organizado y obedeciendo a un plan preconcebido, cayó sobre las huestes de Lara, sembrando la muerte y el terror.

A media noche, no quedaba al conde, de su numerosa hueste, más que un puñado de soldados.

A su lado, el paje Kaled le miraba. Pero Lara continuaba mostrando su actitud impasiblemente gallarda.

Volviéndose a sus hombres, les dijo :

—Hemos sido vencidos. Ahora, lo que de-

bemos procurar es no caer en manos del enemigo. La frontera está cerca. Protegidos por la noche, pasemos al país vecino y ofrezcámonos como súbditos al primer señor feudal. Todo antes que sucumbir a manos de estos miserables.

Acceden los soldados y todos se encaminan al río cuya margen les ha de conducir a la frontera.

Es obscura la noche. Negro está el cielo. En la campiña reina una quietud que es como el presagio de futuras tempestades.

De súbito, de la parte del río, llega a ellos la fatídica amenaza de un cuerno de guerra. Patean cien caballos. Tintinean mil espadas. Fulguran los escudos.

—¡ Son las tropas de Otón !—dice una voz al lado de Lara.

Y todos los del grupo responden aterrados :

—¡ Son las tropas de Otón !

Sin darles apenas tiempo a defenderse, las numerosas huestes enemigas caen sobre ellos. Gritos, carreras, espejear de aceros, y los pocos soldados de Lara sucumben en racimo.

Sólo tres personas quedan en pie de las tropas del Conde. El, su paje Kaled y un jovenzuelo desconocido que lanza mandoble tras mandoble, presa de una furia loca.

Es Bolarín. Bolarín que, después de largos días de espera, está viendo sus sueños realizados.

Pero los soldados de Otón no reparan en él, así como no prestan atención al paje extranjero. Todos tienen sus ojos fijos en Lara, y sobre Lara llueven las flechas y las estocadas.

Al fin, cae muerto el conde. El enemigo se abalanza sobre él para apoderarse del cadáver, trofeo glorioso de su victoria, pero algo inaudito les detiene.

El paje Kaled, al ver muerto a su amo, cae sobre él y prorrumpe en sollozos mientras repite :

—¡ Amado mío, esposo mío !

Cae el gorro del paje en una de las convulsiones y una hermosa cabellera femenina se esparce sobre sus hombros en forma de cascada.

Los soldados de Otón, inmovilizados por la



—¡Amado mio! ¡Esposo mio!

sorpresa, miran despavoridos el cuadro de amor y dolor que se ofrece a sus ojos.

—¡ Es una mujer !—exclama uno.

Y otro, más supersticioso, replica :

—¡ Es el diablo !—y todos huyen locos de terror.

Bolarín ha sido el primero en poner pies en polvorosa.

En el campo de guerra y de muerte han quedado solos el cadáver del conde Lara y la joven que, abrazada a él, solloza :

—¡ Amado mío ! ¡ Esposo mío !

* * *

—Tú, viejo amigo, que lo sabes todo, dime : ¿quién era aquella joven que acompañaba a Lara vestida de paje?

El viejo molinero, que ha surgido prontamente de las sombras del molino a la llamada de Bolarín, responde :

—Su esposa. ¿No la oíste tú llamarle esposo a Lara?

—Pero ¿por qué se ocultaba? ¿A quién temía?

—Esto, amiguito, es un indescifrable misterio. Para saber algo de su esposa, habríamos de averiguar en qué países ha estado el conde durante su ausencia. Sin embargo, es mi opinión que, cuando la ocultaba, temía que se la quitase otro que tuviera más derecho que él, otro hombre al que su esposa hubiera dado palabra de casamiento.

—¿Entonces—preguntó el paje en un destello de lucidez—ese hombre era Ezelín?

—Acaso lo fuera. Nada podemos saber de cierto.

—¿Y qué fué de Ezelín?

—Tampoco sobre este punto se sabe nada fijamente. Alguien ha dicho que, la misma noche en que Lara y el extranjero se encontraron en el castillo de Otón, vió a dos hombres batirse junto al río. Uno de ellos cayó con el pecho atravesado y el vencedor arrojó el cadáver al agua. ¿Fué el muerto Ezelín? ¿Era Lara el otro caballero? Nada se sabe de fijo. Pero yo me digo que si Lara cometió la mala

acción de arrebatarse a otro la prometida, no era extraño evitara por todos los medios que Eze-lín acudiera al día siguiente al castillo de Otón, donde, en presencia de los más distinguidos caballeros del señorío, iba a echarle en cara su villanía, mancillando para siempre su honor...

El anciano quedó un momento pensativo y añadió :

—Pero todo esto no son sino suposiciones mías. Todo cuanto rodea a la vida y a la muerte del conde Lara es un profundo misterio.

Y ya no dijo más.

Caía la noche y Bolarín se fué monte arriba, mientras el pesado portón del molino se cerraba.

II

EL PIRATA

I

La isla del Pirata se alza solitaria en medio del mar, interrumpiendo la monotonía de la gran superficie azul.

Rodeada de rocas limadas por el constante embate del mar, de negro suelo, donde la única nota alegre es la mancha verdosa de los bosques, con una alta montaña en el centro y sobre su cumbre una sólida torre que semeja un fantasma o un siniestro vigía, en la noche tiene apariencia de monstruo, es como el lomo gigantesco de un terrible animal antediluviano.

Nadie sabe qué hay dentro de esta misteriosa isla perdida en la inmensidad azul. Sólo

los piratas viven en ella, y cuando algún viajero pisa su obscura tierra, es para no salir jamás de la isla.

Sólo en ella se escuchan cantos de muerte y de guerra, sólo gritos feroces, como de leones enjaulados, y el siniestro sonido del acero al pasar por la piedra mojada.

Cierto día reinaba en la isla inusitada agitación. La nave que había partido al mando de Gonzalvo no regresaba. ¿Qué les habría sucedido? ¿Podía concebirse que Gonzalvo sucumbiera en una lucha? La idea parecía tan absurda a los piratas, que la rechazaban unánimemente. Preferían creer que Gonzalvo y todos los suyos habían sido víctimas de la tormenta, sucumbiendo a la voracidad de los peces.

Por toda la isla se extendió una ráfaga de opresora tristeza. Los piratas se amaban unos a otros tanto como las gentes del resto del mundo o acaso más.

Al atardecer, se encendieron las hogueras y centenares de ojos espionaron ávidamente el horizonte. De pronto, vióse aparecer en él la man-

cha blanca de una vela, y este simple hecho hizo latir los corazones de todos.

—¡Una nave! ¡una nave!—exclamaron. Y corrieron hacia la orilla para discernir mejor, conforme se fuera aproximando, si era la de sus compañeros.

En efecto, pronto tuvieron la certeza de que de los suyos se trataba. Aquella valiente quilla que partía en dos el mar promoviendo remolinos de espuma, sólo podía pertenecer a una de sus naves.

—¡Ya están ahí! ¡Vivos! ¡Son ellos!

Y los gritos de júbilo llenaron la isla donde momentos antes imperaba la angustia y el pesar.

Ya llega el navío. Cae al mar el ancla ruidosamente, una pequeña embarcación es lanzada al agua después, y, ocupado por dos tripulantes, uno de los cuales rema briosamente, se acerca a la isla.

Los gritos de júbilo se multiplicaron cuando el bote llega a las rocas y cien brazos se tienden para ayudar a saltar a tierra a los tripulantes. Uno de ellos lleva un rollo de papel

en la mano y responde de esta suerte al saludo de sus camaradas.

—¿Dónde está nuestro jefe? Traigo para él un importante mensaje que anublará la alegría que sienta por nuestra llegada.

Uno de los servidores del rey de los piratas responde :

—Nuestro jefe está en su gruta. Si tan importante es el mensaje que tienes que entregarle, vamos al punto a su lado.

Ambos se encaminan hacia la gruta del jefe y éste les recibe al punto.

—¿Qué deseas?—pregunta al mensajero.

—Señor—responde éste—. El griego que nos sirve de espía te envía esta carta.

El jefe desenvuelve el papel y lee :

«El bajá de los turcos va a caer mañana sobre ti. Cien galeras tiene preparadas en la bahía de Corón. Sus hombres están dispuestos. Esta noche, el soberano de los turcos dará una gran fiesta para celebrar de antemano la victoria, tan seguro está de vencerte».

Concluída la lectura, Conrado, el jefe de los piratas, alza su rostro y dice al mensajero :

—Esta misma noche hemos de partir. Yo mismo dirigiré la expedición. ¿Y Gonzalvo?

—Está todavía en su galera. Acabamos de llegar.

—Bien. Dile de mi parte que permanezca en la nao con su gente, y avisa a los demás jefes para que dentro de dos horas todos mis hombres estén dispuestos a partir.

El mensajero y varios siervos del jefe parten al punto para difundir por toda la isla las órdenes del jefe y éste queda solo a la puerta de su gruta.

Viendo la nobleza de su semblante, la distinción de su continente, nadie diría que Conrado es un pirata. Realmente, él está allí, no porque haya nacido para eso, sino porque la maldad de los hombres le han empujado al mal. Siendo joven, vivió entre gentes de buena condición y trató de ser honrado, del mismo modo que sus antepasados lo habían sido; pero la suerte le fué adversa. Frente a sus buenos deseos alzó el infortunio su estandarte, y Conrado supo de la maldad de los hombres. Conoció la miseria, las noches sin hogar, los

días sin alimento. «Yo soy honrado ; yo quiero trabajar—se decía—. ¿Por qué, entonces, me persigue el infortunio y la ruina?» Y un día, desesperado, quiso tomarse aquello que el mundo no le daba. Al frente de veinte desahuciados, como él, de la fortuna, se fué a aquella solitaria isla en que residía aún y formó el reino del pirata. Años después, la isla era un pueblo completo, con hogares, niños, hombres y mujeres a cientos.

Ahora Conrado era un hombre de edad madura. Las barbas le llegaban al pecho, su vientre se combaba, su espalda iniciaba la curva de la vejez. Pero no por eso habíanse borrado de su semblante los rasgos característicos de su noble cuna. Sus fuertes, pero blancas manos, tenían aún ese sello especial que distingue al aristócrata del plebeyo, al señor del esclavo. Su nariz era recta y afilada, blancos e iguales sus dientes, finos sus labios. Sólo en sus ojos advertíase algo de las tempestades que conturbaban su espíritu. Aquellos ojos tenían un color indefinible. Eran lo mismo claros que oscuros, azules que negros, y sus cambiantes mati-

ces infundían a todos los hijos de la isla del pirata un temor casi supersticioso. Bastaba que Conrado alzara la mirada para que todos sus siervos adivinaran sus deseos y se apresuraran a cumplirlos.

De aquí que cuando, después de leer el mensaje del espía, levantara la cabeza, el mensajero adivinara las palabras que Conrado iba a pronunciar y partiera para cumplir sus órdenes casi antes de haberlas recibido.

Una vez sólo, Conrado se irguió. Extraños fulgores animaron sus ojos. Crispáronse sus dedos. Al fin sonrió y abandonó su gruta camino de la montaña.

Por serpeantes senderos bordeados de verde césped, a través de densas florestas y bosques laberínticos, llegó a la cumbre, donde el pétreo torreón se alzaba. Oyó una canción. ¡ Oh, voz dulcísima ! Era su esposa la que cantaba. Después de lanzar un hondo suspiro, llamó :

—Medora, Medora mía.

Y una dama de sobrehumana belleza, asomó por una de las ventanas de la torre.

—¿Qué canto era ese, Medora?—preguntó Conrado.

—El canto del vencido. Un valiente pirata se hace al mar en su bajel y el enemigo, más numeroso, encadena a los hombres e incendia la nave. Sin embargo, entre los triunfadores no hay ningún individuo que en intrepidez pueda compararse al capitán pirata. Cuando esto sucede es de noche. No hay luna en el cielo y las pocas estrellas que se columbran, se van extinguendo poco a poco.

Conrado inclina momentáneamente la cabeza. Un temor supersticioso le asalta ; pero avergonzado de esta debilidad que siente por primera vez, alza el rostro, arquea el tórax, aprieta los puños y dice :

—Esta noche parto de la isla. Me esperan mis hombres. Ahora mismo me verás dirigirme con ellos hacia el pequeño puerto donde las galeras están ancladas. No me digas «adiós». Dime «hasta pronto», pues dentro de tres días estaré de vuelta. Confía en mi brazo y en mi suerte.

Se estremece Medora en la alta ojiva. Ha

tiempo que su esposo no se lanzaba al peligro del mar y de la guerra. Desde la isla dirigía los combates y disponía las expediciones. Pero ahora...

—¡ Oh, esposo mío ! ¿ Es que han vuelto aquellos tiempos de nuestra juventud en que tu brazo no se resignaba a la inactividad y yo moría de ansia y temor en la cárcel de mi torre ? ¿ Es que, como entonces, habré de pasar horas y horas espiando el horizonte desde este mismo sitio ? Conrado, no estoy segura de que mis fuerzas respondan a mi voluntad. Acaso cuando vuelvas tu Medora se haya consumido como una flor sin tallo.

Pero Conrado replica para animarla :

—Nunca partí tan seguro como ahora. Volveré, y volveré pronto. La importancia de la empresa exige que parta con los míos para dirigirles de cerca. Ya sabes, Medora : dentro de tres días me tendrás a tu lado.

Y parte. No quiere volver la cabeza para no ver llorar a Medora. Por las quebradas y espinosas sendas desciende del monte y se dirige al campamento. Ya está lista su gente. Re-

lucen a la débil luz crepuscular las espadas y las cimitarras. En los ojos de todos hay un extraño fulgor. Son hombres nacidos para la lid y a lidiar van. Los cientos de brazos se contraen. Los puños se crispan sobre los mangos de los aceros. Conrado se coloca frente a la banda. Tiende la mirada a lo largo de las filas y eso basta para que todos se preparen a partir. Da media vuelta y emprende la marcha seguido de sus hombres.

Medora, desde su alto torreón, sigue con sus empañados ojos el paso de la temible comitiva. Conrado, antes de desaparecer en la revuelta del camino, vuelve por una vez la cabeza y envía un beso a Medora, la cual responde agitando su blanco pañolillo.

Desvanécense al fin los últimos vestigios de luz. La sombra, emergiendo del fondo de los valles, envuelve hasta las más altas cumbres. Se encienden las antorchas y la comitiva adquiere un aspecto siniestro.

Al fin, llegan al pequeño puerto donde las galeras están ancladas. Los hombres de Conrado saltan a ellas con perfecto orden. Sus an-



...agitando su blanco pañolillo

sias de lucha no les hace precipitarse torpemente. Saben que de la disciplina y de la serenidad surge muchas veces el triunfo.

Izánse las negras banderas, recógense las anclas y lo que antes era una comitiva de hombres, es ahora una procesión de naves a través del susurrante y negro mar.

El camino es corto y pronto llegan a la bahía de Corón. Los piratas advierten en ella una animación extraña. Centenares de luces que acusan la existencia de docenas de naos y alegres canciones de marinos.

Conrado recuerda las palabras del espía griego: «El bajá da esta noche una gran fiesta para celebrar de antemano su victoria».

Mucho antes de llegar al punto donde la escuadra enemiga está fondeada, en la punta del oscuro y desierto cabo, Conrado hace atracar a sus galeras y establece el campamento en un bosque próximo. Da orden de que no se encienda una sola luz. Su astucia le ha dictado un plan que va a poner en práctica.

Después de hablar con Gonzalvo, se disfraza de sacerdote musulmán y se encamina hacia

el palacio donde Seyd, el bajá, da la gran fiesta.

Seyd está tendido indolentemente entre cojines. Todos los oficiales de su ejército le rodean. Terminado el espléndido banquete, los esclavos reparten tazas de café y cajas rebosantes de tabaco amarillo. Pronto la atmósfera se llena de humo perfumado y entre él las bailarinas se entregan a exóticas y apasionadas danzas.

De súbito, un esclavo solicita humildemente permiso para hablar con el bajá. Seyd se lo concede y el esclavo dice :

—Señor : un sacerdote musulmán, escapado de la isla de los piratas, desea hablar con vos.

—Que entre—se apresura a conceder el bajá. Y al punto comparece el sacerdote.

Nadie diría que bajo él se oculta la personalidad de Conrado. Mansa la mirada, baja la cabeza, lento el paso, envuelto en una luenga vestidura de color verde oscuro, cubierto por amplio capuchón, avanza hacia Seyd y le dice sin esperar a que éste le pregunte :

—Me embarqué en el puerto de Secio en un barco mercante que iba hacia Scalanova, pero Alá no me fué propicio. Caímos en poder de los piratas y yo fué conducido a una isla donde estuve no sé cuánto tiempo prisionero en una gruta. Mi prisión estaba en un paraje solitario y muy cerca de la costa. De aquí que un atardecer pudiera distinguir la barca de un pescador que cruzaba el mar camino de este puerto. Comencé a hacerle señas y él no tardó en acudir valientemente a mi llamada. Ayudado por él, me libré de mis ligaduras y salté en compañía suya al bote. He aquí cómo, felizmente, puedo hallarme al fin bajo tu protección, poderoso bajá.

—Pero ¿qué hacen los piratas? ¿Tienen noticia de lo que les espera? ¿Se aperciben para defenderse?

—Señor—responde el sacerdote—, ¿cómo puedo saber nada de los piratas si durante los días que estuve prisionero sólo vi al esclavo que me traía la comida? Por otra parte, mi pena era demasiado grande para que pensara en desempeñar el papel de espía. Señor, tengo ham-

bre y sed. Estoy fatigado. Permíteme que me retire y dé a mi cuerpo lo que necesita.

—No, no puedo dejarte hasta que hayas respondido a mis preguntas. Mis esclavos te traerán comida abundante y frescos licores que aplaquen tu sed. En cuanto a tu fatiga, siéntate con toda comodidad y responde con tanta calma como quieras.

Al punto aparecen seis esclavos cargados unos con bandejas y otros con frascos y vasos de plata.

El sacerdote, ante el asombro de los que le rodean, contempla con indiferencia los manjares y dirige a los licores una mirada de desdén. De pronto se pone en pie y dice :

—La regla de mi orden me prohíbe comer en presencia de nadie, sean amigos o enemigos los que me rodeen, y por nada del mundo, poderoso bajá, faltaré al juramento que hice al Profeta. Prefiero morir.

—Está bien. No quiero contrariar tus piadosos escrúpulos. Te dejaré marchar en cuanto hayas contestado a esta pregunta. ¿Es muy numerosa la banda de los piratas?

En este preciso instante una luz cegadora, un resplandor infernal llena los ámbitos y penetra en el salón donde el bajá se halla. Este, aterrado, no se atreve a hacer el menor movimiento, pero un esclavo se arroja a sus pies y dice :

—Señor : los piratas han incendiado las naves después de asesinar a los que las guardaban y ahora se dirigen hacia aquí con las espadas desnudas.

El bajá se yergue.

—¡ Ah, maldito sacerdote ! Esto ha sido una emboscada. Prendedle. El que retroceda ante él, pagará su cobardía con la vida.

Entre tanto, Conrado se ha despojado de su disfraz. Bajo la luenga túnica verde ha surgido la cota de mallas. La hoja de su espada refulge siniestramente. Se quita el capuchón y deja al descubierto un empenachado casco.

La mansedumbre de sus ojos se ha convertido en locura en vehemente anhelo de combatir.

Ante él, los más valientes guerreros del poderoso bajá permanecen inmóviles, atemorizados.

II

Ha sido tan inesperado el golpe, que los turcos van de un lado a otro sin saber si huir o atacar. De fuera del palacio llega una algarabía de gritos angustiosos y voces de guerra. Es Gonzalvo que, al frente de los suyos, siembra por doquier el terror y la muerte. Las antorchas de los piratas provocan grandes incendios que amenazan destruir a la ciudad entera.

Conrado ha levantado por primera vez su espada y ha hecho rodar sin vida al primer enemigo. El bajá, al ver la pasividad con que sus hombres se conducen, comienza a proferir terribles amenazas, ante las que su gente, avergonzados de su cobardía, se enardecen y se arrojan sobre Conrado, no obstante estar seguros de que sólo a la muerte ha de conducirles su repentino rasgo de valor.

En efecto, el pirata no yerra un solo golpe. Inflamados sus ojos por el enardecimiento de

la lucha, maneja la espada con tal brío y destreza, que pronto se ve rodeado de cadáveres.

Cuando sale a reunirse con los suyos, éstos ya han aplicado sus antorchas al palacio del bajá y las llamas se van extendiendo a lo largo de los suelos cubiertos por ricos tapices y escalan los muros donde penden cuadros y colgaduras de incalculable valor.

Pero ¿qué acontece a Conrado de súbito? Algo que dormía en su aturdida alma brota a su mirada de pronto: La compasión ahoga por un instante sus instintos guerreros. Pien-
sa que en aquel palacio, mezcladas al enemigo, hay mujeres indefensas, pobres seres a los que el cielo dió la hermosura, pero también la debilidad.

Y, volviéndose a sus hombres, exclama :

—¡ Ay de aquel que cometa la villanía de hacer daño a una mujer ! Acordaos de que sois esposos. El hombre ha de luchar con el hombre y no contra quien no puede defenderse. Entre las llamas de este palacio, hay buen número de esos seres llenos de delicadeza, dulzura y fragilidad que esperan al varón que

ha de salvarlas cumpliendo con su deber. Quien quiera seguirme que me siga.

Y echa a correr escaleras arriba, seguido de varios piratas que, como siempre y en todo, obedecen a Conrado. Los peldaños crujen y se derrumban, la baranda cae a trozos y el humo le ahoga. Indiferente a las amenazas del incendio, que tiende hacia él sus rojas lenguas con ánimo de devorarle, Conrado derriba una puerta y penetra en las habitaciones donde supone ha de hallar lo que busca. En efecto, allí están las mujeres, tendidas entre escombros o encogidas en un rincón con los ojos dilatados por el miedo.

Conrado es el primero en levantar un cuerpo exánime de las ruinas y sus hombres hacen lo propio con las demás mujeres.

Sin pérdida de tiempo, el jefe se lanza escaleras abajo, seguido de sus fieles súbditos y, luchando con el humo asfixiante y con las voraces llamas, logra transponer el pórtico.

Como si el Cielo hubiera querido premiar aquella noble acción, los muros del palacio sólo se mantienen en pie hasta que Conrado



—¿Dónde están los piratas?...

y sus hombres, cada uno portador del cuerpo exánime de una mujer, se distancian del edificio lo suficiente para no ser alcanzados por el derrumbamiento.

Conrado y los demás piratas continúan corriendo por las calles de la ciudad hasta que hallan un sitio seguro para dejar la mujeres. Es una casa vacía y tan distanciada de las otras, que no llegarán hasta ella las llamas.

—¿Dónde están los piratas?—oye Conrado que le pregunta la joven que lleva en brazos, en el momento de depositarla en el suelo.

El pirata contempla atónito aquellos inocentes ojos que se fijan en él. Sin duda alguna, tiene ante sí a la doncella más hermosa de la ciudad. ¿Cómo contestar a la pregunta? ¿Cómo decirle...?

—¿Los piratas? — exclama obedeciendo a un repentino impulso—. Yo soy su jefe.

—¡Tú?? — grita la joven sin poder dar crédito a sus ojos—. ¿Eres tú ese terrible Conrado cuyas naves van dejando una estela de terror y de muerte?

Conrado inclina la cabeza sobre el pecho y responde :

—Sí, yo soy ese hombre por todos maldecido.

—¡ Por todos no ! — exclama entonces la doncella—. Yo no puedo pensar en ti sino con gratitud y afecto. Soy Gulnara, la prometida del bajá, mas, aunque hiera los sentimientos de éste, yo no podré olvidar nunca tu rasgo de nobleza. Me has salvado de la muerte exponiéndote a morir, y el bajá, mi futuro esposo, huía entre tanto del peligro, sin pensar en que el palacio iba a ser pronto un montón de escombros y yo estaba dentro de él. Seas quien fueres, yo sabré pagarte algún día el gran servicio que me has hecho.

Conrado va a responder, pero algo se lo impide. De la misma parte de la ciudad por donde el enemigo huyó, llegan gritos y amplios rumores de multitud que ya no son de terror, sino de ira y de amenaza.

Conrado lo comprende todo al instante. Pasado el primer momento de sorpresa, se ha operado en la gente del bajá una temible

reacción. Muchos son los que han muerto, pero es veinte veces mayor el número de los que quedan.

En efecto, pronto recibe el jefe de los piratas el anuncio de que las tropas enemigas, formadas con perfecto orden militar, se aproximan para borrar el deshonor de la reciente derrota.

Conrado, desnudo el acero, vibrante el atlético brazo, se despide de Gulnara y se va en busca de los suyos, que ya le aguardan ansiosamente.

Colócase al frente de ellos, alza la espada y grita :

—¡ A la lid, a la lid !

Y emprendiendo furiosa carrera, se lanza sobre el ya próximo enemigo.

De nuevo su espada se abre un camino de sangre y de muerte. Mas ahora ya no tienen ante sí un enemigo que huye, sino un enemigo que ataca. Y es éste tan numeroso, que pronto cada pirata se ve rodeado de diez, de veinte hombres.

La lucha es tremenda. A los gritos bélicos

se mezclan las voces de angustia y los agónicos estertores. Los aceros vibran y chocan sonoramente unos con otros. Se agitan y se retuercen las llamas de las antorchas. La sangre fluye a torrentes.

Bravos son los hombres de Conrado. De brazo robusto y mano diestra, sus espadas hacen estragos en la gente del bajá. Pero ¡es tan numeroso el enemigo! No faltan manos traidoras que hieran por la espalda. Cae muerto un pirata, otro le sigue. Al fin se vuelve Conrado y ve que todos sus hombres se reducen a una docena. Y pronto esta docena se convierte en media y la media en sólo dos hombres. Por último Conrado queda solo.

Una espada le hiere a traición y le abate. Otra secunda el golpe. Pero se oye una voz: —No le matéis. Dejadle vivo. Es preciso que sufra. Torturaremos su carne hasta saciar nuestra sed de venganza.

Por eso no matan a Conrado. Por eso le levantan cuidadosamente y le conducen a la nueva vivienda del bajá.

III

Se llama a un médico para que vende sus heridas y se le encierra en lo alto de un torreón para condenarle a morir de sed. Comida se le dará cuanta quiera, pero agua, ni una gota. Diariamente, los verdugos irán a observar los efectos que en el condenado produce el suplicio.

Sujeto por fuertes cadenas, Conrado trata de conciliar el sueño. Pero le es imposible. El hierro le molesta. No puede echarse. No puede hacer el menor movimiento sin producir grandes ruidos.

Pero es tan grande su fatiga, que queda como amodorrado. De súbito unos pasos leves le hacen abrir los ojos y siente cerca de él un perfumado aliento y un fulgor extraño. ¿Qué fulgor es aquel? Mira con atención y cree ver que la misteriosa luz oscila. Por fin

comprende que son los ojos de Gulnara, cuando oye su inolvidable voz.

—Pirata : soy yo. ¿No me recuerdas? Soy la mujer agradecida a la que has librado de las llamas.

—¿Y a qué vienes?—pregunta Conrado.

—Vengo a testimoniarte mi simpatía en medio de tanto odio como te rodea.

—¡Cuánto te lo agradezco, Gulnara! Seguramente, sólo tu corazón palpita amistosamente por mí en esta tierra, donde me espera una muerte horrible.

—Espera. Ten siempre esperanza. El bajá se deja convencer frecuentemente por mis súplicas. Haré todo cuando esté en mi mano por salvarte.

—¡Oh, sí! ¡quisiera vivir! No porque la muerte en sí me aterre, sino porque quisiera volver a ver a mi Medora. ¿Qué sería de ella sin mí? No podría soportar la vida. Como ella misma dijo cuando cruzamos nuestro adiós, se deshojaría como una flor sin tallo.

De no reinar la sombra en el recinto, Conrado hubiera podido advertir la palidez que

cubría el rostro de Gulnara. Fué como si aquellas palabras vertieran un helado veneno en su corazón.

—Luego ¿amas a otra?—preguntó sin voz apenas.

—Sí, amo a una mujer que yo consideré la más bella del mundo hasta que tuve la suerte de verte a ti.

—¿Te parezco yo más hermosa que ella?—preguntó Gulnara ilusionada.

—Entre las dos no sabría precisar cuál es la más hermosa. Pero es que Medora, además de hermosa, ¡es tan dulce! ¡me ama tanto! Créeme, Gulnara, que por ella pediré al Cielo me devuelva la libertad y me libre de mis enemigos.

—¡Oh, pobre de mí! Por un momento me hice la ilusión de que podrías amarme.

—¡A ti! Pero ¿no amas tú al bajá? ¿No es tu prometido?

—Es mi prometido y mi tirano. ¿Cómo puedo amarle? El amor necesita libertad y dulzura. Nada de esto me da Seyd para quien no soy más que una esclava distinguida.

¡ Cuántas veces al oír de sus labios la pregunta «¿me amas?» me dan tentaciones de responder : «no». Pero he de callar. El no sólo es mi prometido, sino también mi dueño, mi rey, mi tirano. ¡ Si el Cielo me hiciera la merced de hacerle olvidar la pasión que siente por mí !

—Entonces, Gulnara...

—¿Qué?

—No probarás a salvarme.

—¿Por qué? ¡ Porque sé que no puedes amarme con la clase de amor que yo, pobre ilusa, esperaba poder hallar en tu corazón ! Conrado, soy una mujer apasionada, pero no una mujer pérfida. Este desengaño me llena el alma de amargura, pero no hasta el extremo de anegar la gratitud y el fraternal afecto que siempre te deberé.

—¡ Oh, Gulnara, corazón noble !

—Calla, no hables más. El médico te ha recomendado silencio y reposo para curarte pronto de tus heridas.

—Pero ¿es posible reposar con estas cadenas?

—Cuanto menos te muevas, mejor. Eres un hombre fuerte y vencerás pronto el mal. No olvides que la libertad te espera.

—¡La libertad! ¡Oh, Gulnara! ¿Por qué me engañas? ¿No comprendes lo inmensa que ha de ser después mi desilusión?

—Confía, confía siempre. Es impropio de un hombre tan valeroso como tú entregarse a la cobardía y a la desconfianza.

—¿Cuándo podré saber algo?

—Mañana, a esta misma hora.

—Ya me habré muerto de sed.

—Aquí traigo un frasco lleno de agua, toma y bebe cuanto quieras. Al mediodía volveré con el frasco lleno. A esa hora, la vigilancia es muy escasa y me será fácil venir a tu lado. Ahora me voy. Ya apunta el día, se han desvanecido las estrellas. Mira por esa estrecha ventana cómo una débil luz cenicienta va barriendo las sombras de la noche. Adiós, Conrado.

—Adiós, Gulnara. Que el Cielo premie tus nobles acciones.

Y el herido se deja estrechar las encadena-

das manos y sigue con ojos llenos de tierna gratitud la delicada figura que se aleja con tanta suavidad, que dijérase que no posa las plantas en el suelo.

Momentos después, el tenue resplandor celeste se va convirtiendo en alegre luz diurna. Sale el sol al fin. Pero en el alma de Conrado sigue reinando la noche, las sombras, la amargura...



Fácil le fué a Gulnara llevar agua al prisionero. Fingiéndose interesada por conocer los efectos que iba causando la tortura en el condenado, el único guardián le dejó el paso libre.

Inmediatamente, la doncella volvió al lado del bajá y, aprovechando el momento en que consideró estaba de mejor humor, le dijo :

—Amado Seyd : la fortuna te ha sonreído ; la aureola del éxito nimba tu frente. Conrado está prisionero y no queda con vida un solo pirata. Has decretado su muerte y en ver-

dad que la merece como ninguno. Pero ¿te basta con verlo sufrir y morir? ¿No sería preferible que, además, te apoderaras de sus tesoros? Mas para ello sería preciso aplazar su muerte, con objeto de conducirlo a la isla y obligarle a decir dónde guarda sus riquezas. Si no obras así, los escasos habitantes que quedan en las tierras del pirata, al ver que su jefe no vuelve, se apoderarán de sus tesoros y huirán con ellos a lejanos países.

El rostro del pachá se entenebrece. Contempla a Gulnara con siniestra sonrisa y responde :

—Oyeme, Gulnara : No daría una sola hora de libertad a Conrado aunque me ofrecieran cien minas vírgenes de oro. Una gota de su sangre vale para mí mucho más que el diamante de Stambul. Si estoy retrasando horas y horas su muerte es porque deseo hallar un nuevo medio de tortura, el más refinado y terrible, para substituirlo por el leve suplicio de la sed.

—Es verdad, Seyd. Tu furor es harto justo para que prestes oídos a la piedad. No pretendía aplacar tu cólera, sino simplemente que

te apoderases de las riquezas de nuestro enemigo.

Pero Seyd mira fijamente a Gulnara. En sus ojos se refleja la duda y el rencor. Sólo Dios sabe qué terribles pensamientos pasan por su mente.

—No, Gulnara—dice de pronto—. Tú no deseas que me apodere de las riquezas de Conrado. Lo que tú pretendes es librarle de la muerte y de la tortura. ¡Ah, no en balde te salvó la vida cuando estabas a punto de perecer entre las llamas! ¡Tú amas a Conrado! No trates de protestar porque es inútil. Tu rubor me dice bien claro cuáles son tus sentimientos. Todas tus compañeras lloran hoy la muerte de sus salvadores y confiesan que les amaban. ¿Cómo puedes ser menos tú, que tuviste la suerte de caer en los brazos del famoso jefe de los piratas?

Y Seyd sonrió siniestramente.

—Pero, óyeme bien, pérfida beldad: no mires sólo por la salvación de Conrado; cuida de salvarte tú también, pues también tú

vas a pagar con la vida la traición que me has hecho.

Y Seyd se aleja a lentos pasos.

Sólo se vuelve para lanzar a la que fué su prometida terribles miradas amenazadoras.

IV

¿Habían perecido todos los piratas en la catástrofe? Eso creía Conrado. Sin embargo, he aquí que algunos al recobrar el conocimiento y verse abandonados en medio de la noche, cubiertos por la sangre de sus heridas, se fueron a rastras hacia la playa para lavar la sangre de sus desolladuras.

Pero uno de los heridos columbró un bote tendido sobre la arena y esta visión hizo surgir una súbita idea en su cerebro.

—¡ Un bote !—exclamó—. ¡ Huyamos !

Se dirigieron a él y, mediante sobrehumanos esfuerzos, consiguieron arrastrarlo hasta el mar.

Sólo entonces se dieron cuenta de que no

tenían remos. El frío del desengaño cayó sobre los corazones.

—¿Cómo partir en estas condiciones? Sería como lanzarnos a la muerte.

Pero otro pirata replicó :

—De todos modos hemos de morir. Si permanecemos aquí, al amanecer nos harán prisioneros.

Y un tercero exclamó :

—Ved aquel grupo de árboles. Sus ramas podrían servirnos de remos. Vayamos a arrancar buen número de ellas.

Se fueron hacia los árboles. La tarea fué durísima. Los brazos desfallecidos no lograban ni siquiera alzarse hacia las ramas más bajas. Al fin, después de grandes fatigas, cada uno de los fugitivos era dueño de dos grandes ramas y los piratas volvieron al bote.

Se hicieron a la mar. Los fatigados cuerpos se doblaron sobre las ramas, pero éstas apenas hacían deslizarse a la barca sobre las olas tan lentamente como si sólo en ella remara un niño.

De aquí que días y más días pasaran sin

que los navegantes vieran la anhelada tierra.

¿Por qué no murieron de hambre y cansancio? Les mantuvo milagrosamente el anhelo de volver a ver a la isla de sus amores. El cuerpo languidecía, pero el espíritu estaba animado de un extraño vigor.

Entre tanto, la isla lloraba la desaparición de los suyos. Sólo un puñado de hombres había quedado allí para guardar a las mujeres, pero estos hombres tenían la valentía de todo un pueblo y ya se habían concertado para ir en busca de su jefe.

En cuanto a las mujeres, sólo sollozos brotaban de su garganta y sus ojos parecían no tener otra misión que llorar. Sólo una no lloraba y esa era Medora. Pálida, rígida, blancos los labios como los de una muerta, pasábase día y noche en aquella ventana desde la que despidió a Conrado.

Habían pasado los tres días que el amante esposo fijara para su regreso y en el horizonte no se columbraba la vela de ningún bajel.

Cuando otros tres días hubieron transcurrido, Medora descendió de su alta torre y se



...rígida, con los brazos caídos...

encaminó a la playa. Allí, por la lisa arena, fué de un lado a otro, rígida, con los brazos tendidos a lo largo del cuerpo y un rictus de amargura en sus labios.

Tanto se acercaba al mar a veces, que las olas lamíanle los pies.

En los crepúsculos, preguntaba a las aguas tranquilas :

—¿Dónde está mi amado?

Y sólo obtenía la respuesta de un débil y largo rumor.

—¿Qué ha sido del hombre para el que sólo vivo?

Y las suaves ráfagas marinas arrastraban a sus oídos un sordo lamento.

Al fin, un día, vió en el horizonte un obscuro punto. Y el punto se movió, se agrandó, aunque muy poco a poco.

La luz de la esperanza se enciende en su corazón. Es el mediodía. En el limpio cielo estalla un fuerte sol argentado. La mar está en calma. Y todo esto contribuye a que su esperanza aumente.

El negro punto, es ya una forma que se

agita con la imprecisión de las cosas distantes. Dijérase que tiene brazos. Pero pronto ve Medora que estos brazos no son sino los toscos remos de una barca que se aproxima. Y en la barca van varios hombres. ¿Será Conrado uno de ellos?

Comienza a dar gritos :

—¡ Ya vienen ! ¡ Ya vienen !

Y las mujeres y el puñado de hombres, acuden en tropel a la playa, lanzando exclamaciones de alegría.

Pero pronto su júbilo se desvanece. Sólo media docena de hombres les trae la frágil barquilla, y éstos en tan mísero estado, que son un anuncio del infortunio de los demás.

Intéranse los piratas de la isla en el agua y ayudan a los recién llegados a sacar el bote del mar. Después los rodean ansiosamente y ellos explican cómo lograron huir después del desastre.

¿Desastre? Medora, poseída de un fatal presentimiento, pregunta :

—¿Qué ha sido de Conrado? ¿Dónde está vuestro jefe?

Nadie responde.

—¿Ha muerto?—inquire temblorosamente Medora.

—No—responde entonces uno de los recién llegados—. Yo, que caí muy cerca de él, oí que una voz decía cuando ya los aceros enemigos iban a darle muerte: «¡No le matéis!». Y vi cómo le transportaban cuidadosamente a la torre del bajá.

Medora vacila.

—Eso es peor aún. Le han salvado la vida para arrancársela poco a poco. Le someterán a las más infames torturas. ¡Qué horrible, Dios mío!

Y cae desvanecida sobre la arena. Los piadosos brazos de sus amigos la transportan a su torre.

V

Entre tanto, Conrado, sumido en la sombra de su prisión, espera la visita de Gulnara o la del verdugo. Su protectora no ha vuelto a verle. Sin embargo, ya no se le niega el agua. ¿El perdón, acaso? No, Conrado comprende que el bajá se esfuerza en descubrir un nuevo suplicio, porque el morir de sed le parece muy leve.

Conrado lo comprende así y espera.

Han sanado sus heridas. Ya no le asalta la fiebre durante las noches. Y ya no quiere vivir. Las largas reflexiones en la paz fatídica de su encierro, le han conducido a considerar que merece morir. Su vida de crímenes y de robos no merece el premio de la libertad. Y

él no la quiere. Ansía purificarse de sus pecados en el martirio y en la muerte.

Sólo Medora surge de vez en vez en su mente para arrastrar sus pensamientos por derroteros distintos. ¡Medora! ¡Oh, su Medora! Amarla ha sido el único rasgo noble de su vida. Pero no, no se la merece. Volver a su lado, retirarse con ella a un rincón escondido del mundo, sería demasiada felicidad para un alma tan negra como la suya. No, no se merece a Medora. Sólo merece sufrir y morir.

Una noche, cuando estas agitadas ideas giran vertiginosamente en su cerebro oye unos pasos cautelosos y alza la vista. Sólo ve una sombra que se inclina sobre él, pero al punto comprende que se trata de Gulnara.

Sin embargo, no se alegra, su corazón no palpita esperanzadamente como en la visita anterior.

—¿Duermes, Conrado?—pregunta la doncella.

—¡Dormir...! ¡dormir...!—replica Conrado con voz que resuena apagadamente como

un eco—. ¿Cómo pueden mi cuerpo ni mi espíritu reposar cuando tan contrarias y tremendas emociones me turban?

—Oyeme, Conrado : vas a morir. El bajá ha dado, al fin, con un satánico medio de tortura. Sin embargo, puedes salvarte aún. Sólo un medio existe y no muy humano por cierto, pero si te decides a obedecerme, recobrarás la libertad y la vida.

—No lo merezco, Gulnara. Un hombre de mi clase debe morir para expiar sus crímenes.

—¡ Un hombre de tu clase ! Me has librado de la esclavitud. Me salvaste de una muerte cierta arriesgando tu vida. ¿Cómo puede ser malo un hombre que obra así? No te oculto, Conrado, que lo que primero fué gratitud ahora se ha convertido en amor. ¡ Te amo, sí ! No me digas que tu corazón pertenece a otra. Lo sé y no trato de arrebatárselo a esa mujer tu cariño. Amala a ella, pero déjame que yo te ame a ti. Y mi amor, Conrado, me ha hecho concebir un proyecto que te suplico pongas en práctica. Toma este puñal y sígueme.

—¡Seguirte! ¿Cómo? Estas cadenas me impedirían dar un paso.

—Esas cadenas caerán al punto de tus manos y de tus pies. He sobornado a cien hombres. Los tesoros del bajá son inagotables y la sed de oro conturba muchos corazones. Un puñado de refulgentes monedas hace prodigios. Ahora mismo, los hombres del bajá vendrán a quitar la carga del hierro de tus pies y de tus manos.

Y va a salir, pero Conrado la detiene.

—Oyeme, Gulnara. ¿Cuáles son tus propósitos? ¿Qué he de hacer con este puñal? ¿Pretendes, acaso, convertirme en un vil asesino? Yo maté siempre frente a frente y cruzando mi espada con otra. Si tratas de que dé muerte al bajá, aprovechando su sueño, no llames a tus hombres. Prefiero todos los suplicios del mundo a convertirme en un asesino.

En las tinieblas tiembla entonces la voz de Gulnara.

—Es verdad, debí comprenderlo. En un corazón tan noble como el tuyo no cabe el

asesinato aunque con él haya de obtenerse la salvación de la propia vida, suprimiendo al mismo tiempo a un hombre malvado. ¡A qué locuras llega una mente turbada por la angustia y por el amor! Perdón, Conrado, por mi injuria y que Dios me perdone el mal pensamiento que he tenido. Sólo pretendía evitar que Seyd nos persiguiera. Pero es lo mismo: sabremos burlar su persecución.

Y se dirige a la puerta y hace penetrar a los sobornados guardianes, que rápidamente despojan al prisionero del peso de las cadenas.

Entonces Gulnara le coge de la mano y le conduce a lo largo de obscuras y laberínticos corredores, mientras le va diciendo:

—Apresurémonos; un bajel con seis marineros nos espera en la bahía. Antes de que amanezca, hemos de estar muy lejos de esta maldita costa y de la vista del tirano Seyd.

Y continúa la caminata de pesadilla a lo largo de los sombríos corredores. Al fin, el fresco de la noche acaricia las sienes de Conrado y da nuevo vigor a sus pulmones.

Alza el libertado la vista al cielo y lo ve

cubierto de estrellas. Quiere detenerse para gozar plenamente de la delicia de la noche, pero Gulnara tira de su mano.

—De prisa, Conrado. No tardará una hora en apuntar el día.

Y sigue la marcha, ahora a través de fecundos valles y bosques sombríos.

Llegan, al fin, al punto de la bahía donde el bajel aguarda. Suben a él y los marinos, ya preparados, levantan el ancla y suben las velas. El viento sopla como una bendición y pronto la nave surca raudamente las aguas.



Acodados en el barandal del puente, Conrado y Gulnara espían el horizonte.

La airosa quilla del bajel, parte el agua levantando torbellinos de espuma. Hinchadas las velas, fuerte el viento, los fugitivos beben con ojos dilatados la frescura de la brisa marina.

—¿Qué harás cuando llegues?—pregunta Gulnara.

—No sé. ¡ Mi emoción es tan grande !

—Tu Medora te espera.

Conrado no responde, pero un hondo estremecimiento le sacude. Después, animado por la indulgente mirada de Gulnara, dice :

—En este feliz momento un bello proyecto se me ocurre. Gulnara, ya sabes que te profesaré siempre un afecto de hermano. No podré olvidar lo mucho que has hecho por mí. Gulnara, no quiero que te separes nunca de nosotros. En mi casa habrá siempre un aposento para ti y un puesto en mi mesa. Medora te adorará. ¡ Es tan buena ! Yo le contaré todo lo que has hecho por mí y ella te querrá como una hermana. La vida será desde hoy un edén para nosotros.

Gulnara, sin embargo, está triste.

—¿ Olvidas que Seyd nos perseguirá ? ¿ Cómo podrá haber paz para nosotros sabiéndonos perseguidos ? Pronto caerá sobre la isla la gente del tirano.

—No he concluído, Gulnara. Desconoces el fin de mi proyecto. Cuando Medora te haya abierto sus brazos fraternales y el nuevo ho-

gar esté constituido, este mismo bajel nos trasladará a tierras extrañas y remotas, de las que el bajá no tenga la menor noticia. En la cumbre de una montaña o en lo más tupido de un valle, levantaremos nuestra choza y viviremos en paz, alejados de las pasiones humanas, solos con la Naturaleza y con Dios. ¿Crees que puedo merecer aún el perdón del Cielo?

—Sí—responde Gulnara con plena convicción—. En el fondo de tu alma la más pura nobleza palpita. Por eso has amado tanto. ¿Puede, acaso, amar un corazón sin nobleza? Conrado, tu proyecto es hermoso. Alejémonos de la pasión desatada de la gente. Vayámonos a un rincón del mundo donde no haya guerras y el oro no tenga utilidad alguna. Tendremos un lecho de hojas y comeremos lo que nuestro esfuerzo y la providencia nos permita obtener. ¡Viento en popa! ¡Libertad! ¡Cielo azul y mar en calma! ¡Fresca brisa! ¡Este es el camino del bien y de la luz!

Y Gulnara abre los brazos y aspira a pleno pulmón el viento húmedo y salado del mar.

Conrado está también transfigurado por la alegría. Con la mirada fija en la inmensa extensión marina, sus pupilas semejan inquietos espejuelos. Hínchase su pecho, tiemblan de emoción sus manos.

Mas, de pronto, algo surge en el horizonte cuya visión anubla su semblante. ¿No es un mástil? ¿no es una vela?

—¡El enemigo! — exclama Gulnara—. ¡Ah, no en vano sospeché que Seyd nos perseguiría! Menguada ha sido nuestra suerte en estas horas de ilusión.

Conrado, abatido, apenas tiene fuerzas para exclamar :

—No me dejan ser bueno. Para vivir es preciso matar. ¡Ah, desalmado Seyd, caro te va a costar mi cuerpo!

Pero ¿qué es lo que divisan sus ojos? ¿Qué es lo que su mirada descubre? ¿No es aquella su señal? ¿No es aquella galera una de las suyas?

—¡Sí!—exclama con ruidoso júbilo—. ¡Son los nuestros! ¡Son los piratas! ¡Aún

queda gente en el mundo que me defienda !
¡ Aleluya, Gulnara ! ¡ El cielo nos protege !

En efecto, la galera es de Conrado y la tripulan el resto de sus hombres. Inmenso es el júbilo de éstos cuando se percatan de que vive aún su jefe y, echando al agua un bote, pasan al bajel para testimoniar su júbilo a Conrado.

Atropelladamente, le cuentan cómo se enteraron por los supervivientes del desastre de que era prisionero del bajá. Inmediatamente concibieron el proyecto de ir a salvarle aunque para ello hubieran de arriesgar sus vidas.

—¡ Gracias, gracias, hermanos míos !—exclama conmovido Conrado.

Y, lleno de ansia, pregunta :

—Pero decidme : ¿ qué es de Medora ?

Los hombres callan. Parece como si no quisieran empañar la alegría del jefe con una mala noticia.

Un súbito temor asalta a Conrado, el cual vuelve a preguntar angustiosamente :

—¿ Qué ha sido de Medora ?

—Está enferma, señor—responde entonces uno de los hombres.

—¡ Oh, Medora mía ! ¡ Pronto ! Alzad todas las velas. Proa a la isla. Me devora la impaciencia. Una hora más sin ver a mi amada y moriría.

Toda la tripulación se pone en movimiento y el bajel vuelve a partir el mar con su quilla. Pero el viento es flojo y la embarcación avanza cada vez con más lentitud.

Al fin, aparece en el horizonte la oscura mancha de la isla. ¡ Pero es tan flojo el viento ! ¡ Tarda tanto el bajel en llegar !

Cuando ya están tan cerca que se puede discernir la torre de Medora sobre la cumbre de la montaña, Conrado, en un arrebato de impaciencia se arroja al mar y continúa a nado hacia la isla.

Con tal brío agita los brazos, que va abriendo una estela de espuma. Ya llega, ya sus pies pueden tocar el fondo. Una vez en la costa, emprende loca carrera a la que no pone fin hasta que llega a la cumbre del monte donde se alza la torre de Medora.

Llama. Entra.

—¡ Medora ! ¡ Medora !—grita mientras se dirige a su habitación.

¡ Por fin ! Medora está tendida en su lecho, pálida como una muerta.

Pero al ver a Conrado, se incorpora, se levanta y se arroja en sus brazos llorando de alegría.

—¡ Oh, amada enferma, querida Medora !

—¡ Enferma, no !—exclama Medora—. Me sentía morir estando tú ausente. Acaso hubiera muerto. Pero al tenerte de nuevo a mi lado, siento que la vida vuelve a mí con toda la pujanza de la juventud.

—¿ Estás, pues, dispuesta a partir ?

—¿ Adónde ?

Y Conrado, entonces, le expone los planes que ya ha explicado a Gulnara.

—¡ Sí !—responde Medora—. Contigo iré al fin del mundo si es preciso. Pero ahora no hablemos sino de nuestra felicidad. ¡ Qué dichosa soy, esposo mío, al volver a tenerte a mi lado ! ¡ La piedad de Dios es infinita !

Y resultó que todos los súbditos de Conrado quisieron partir con él.

Y aquella misma tarde partieron las galeras, llevando a bordo a un matrimonio feliz, a una noble extranjera y a todos los habitantes de un pueblo que se llamó la isla del Pirata.

Las naves se deslizaban ligeramente sobre las aguas tranquilas. Iban rectamente hacia el bien, hacia la paz y hacia el amor verdadero.

BE P P O

I

Beppo era el mejor marino de Venecia. Su nombre habíase hecho famoso en toda la costa italiana y si no lograra internarse tierra adentro, se extendió hacia los horizontes marinos, llegando, como una onda, hasta las más remotas playas.

Era un atleta. Su recio pecho, su rostro de vigorosas facciones, estaban curtidos por el sol y por el aire del mar.

¿Cuál era su historia? Poco sabían de ello incluso los amigos más íntimos. Beppo gustaba poco de hablar de sí mismo y su opinión era que un hombre debía ser estimado por sus mé-

ritos presentes y no por las glorias que sus antepasados le legasen.

No obstante, un viejo marino contaba que el padre de Beppo fuera en sus tiempos un héroe del mar y que su hijo, desde que cumpliera el primer año de su adolescencia, navegó con él y de él aprendió a ser valiente, trabajador y honrado.

Parece ser que Beppo era aún muy joven cuando su padre murió, dejándole por todo patrimonio la nave en que el muchacho había librado ya tantas y tan duras luchas con las olas.

Beppo, huérfano y adolescente, sufrió mil penalidades durante años enteros. Los tripulantes de *La Paloma*, que así se llamaba su barco, se dispersaron, negándose a navegar bajo el mando de Beppo, como éste tuvo la valentía de pretender. Era aún un niño y un niño no debe ser capitán sino grumete.

Pretendiendo aprovecharse de la situación desesperada del muchacho, no faltó quien le propusiera comprarle *La Paloma* por cifras irrisorias. Pero Beppo se negó siempre y decidió esperar.

Cuando el niño se hizo hombre, la vida comenzó a presentársele más propicia. No tenía más que dieciocho años y ya su estatura sobrepasaba a la de muchos hombres hechos y derechos, y su brazo vencía en todos los torneos de fuerza que, por distracción, celebraban los hombres de mar en el puerto veneciano.

El trabajo, pues, no podía faltarle. A fuerza de economías y de privaciones, logró reunir en un año lo necesario para llenar casi *La Paloma* de mercancías, y ahora sí que halló quien quisiera navegar bajo sus órdenes.

Realizó el primer viaje y el primer comercio, y la fortuna premió su trabajo y su inteligencia con un beneficio muy superior al esperado.

¡Qué alegría la de Beppo al ver superadas sus esperanzas en aquel primer ensayo!

Desde aquel día memorable, no dió a su mente ni a sus brazos punto de reposo y pronto fué uno de los más famosos capitanes de su país y de su tiempo, y uno de los comerciantes más hábiles y poderosos del Adriático.

Su fuerza, su decisión, su energía para dar órdenes y trabajar al mismo tiempo como un

simple marinero en los momentos en que el mar embravecido convertía a la nave en una cáscara de nuez, eran constantemente comentadas entre los más viejos lobos del mar y pocos de ellos habían dejado de exclamar siquiera una vez.

—¡ Oh, Beppo ! Es un valiente.

De su fuerza y de su valor dará cumplida cuenta cierto suceso que amenizó uno de sus viajes.

El viaje se prolongó más de lo que se esperaba y, por añadidura, un temporal había hecho estragos en la cocina. Las provisiones escaseaban y Beppo hubo de dar severas órdenes respecto al reparto de las mismas.

La tripulación tendría lo suficiente para alimentarse, pero sus hombres estaban acostumbrados a llegar a la saciedad. De aquí que no se conformaran a carecer de sus cotidianos banquetes y se unieran en la protesta contra las medidas de Beppo.

El joven capitán solucionó el asunto del siguiente modo : llamó a uno de los tripulantes y

se encerró con él en su camarote. Una vez allí le preguntó :

—¿ Sigues protestando de mis disposiciones?

—Sí, capitán.

Beppo, entonces, le advirtió :

—Prepárate, pues, a escuchar mis razones para convencerte.

Y se arremangó los brazos hasta el codo.

El tripulante era un matón de pelo en pecho que tenía a sus compañeros atemorizados. Aceptó el reto, pues, y se desnudó de medio cuerpo arriba. Beppo, que era un precursor de los actuales pugilistas, lanzó un puñetazo al rostro de su contrincante y, con inusitada rapidez, otro al costado.

El tripulante, enfurecido por el castigo doloroso, se llevó la mano a la cintura, pero Beppo, antes de que el cuchillo del adversario pudiera ser empuñado, había dado con él en el suelo de un golpe tremendo en el mentón.

Le quitó el cuchillo, le ayudó a levantarse y le preguntó :

—¿ Sigues protestando?

El tripulante, con ojos extraviados y sosteniéndose difícilmente en pie, repuso :

—No.

—Perfectamente.

Y le condujo a otro camarote, donde le dejó encerrado.

Acto seguido, llamó a otro tripulante, y procedió con él en la misma forma.

Y la tripulación entera escuchó el *razonamiento* de sus puños, concluyendo por convertirse en cinco corderos que acataban incondicionalmente las órdenes del capitán.

Beppo vivía en el mismo puerto y en él pasaba todos los momentos de su vida.

De aquí que en la ciudad nadie le conociera ni él conociera a nadie de la ciudad.

Vivía en el mar y por el mar. Todas sus pasiones se cifraban en la inmensa extensión azul que su ligero navío partía frecuentemente, abriendo un sendero de espuma.

Sin embargo, más de un corazón femenino latía aceleradamente por él.

Eran éstas, jóvenes de familia de pescador-

res y marinos que le dirigían lánguidas miradas al verle pasar.

Y es que Beppo era un mozo en el que se reunían todos los atractivos de los grandes galanteadores. Su faz, pese a la reciedumbre de sus rasgos, era hermosa. Su pecho se combaba con gracia viril. Su paso, siempre lento y firme, tenía una singular e imponente majestad.

Pero Beppo no prestaba atención a aquellas mocitas que le miraban con ojos tristes. No había pensado jamás en el amor y si estaba resuelto a casarse cuando le llegara la hora, decía que había de ser con una mujer bien plantada y no con una cándida jovencita llena de remilgos.

Cuando dejaba el barco y se ponía el traje de paseo, el recio marino convertíase en un elegante ciudadano. Sus manos poderosas tenían esa forma correcta que distingue al señor del criado. Sus modales no hubieran llamado la atención ni siquiera en una reunión palatina.

Beppo era, además de un excelente marino, un perfecto caballero.

Beppo, por lo tanto, gozaba de lo que hoy llamamos la alegría del vivir.

Mas llegó un día en que este goce comenzó a nublarse. A Beppo le iba faltando algo. Su corazón no quedaba satisfecho con las emociones del mar. ¿Qué era ese algo que Beppo necesitaba? Ni él mismo lo sabía, y esta ignorancia le sumía en una profunda tristeza no exenta de zozobra.

Estuvo algún tiempo sin navegar y se aficionó a los paseos por las calles ciudadanas. Un día, durante el crepúsculo, aconteció algo que llenó aquel extraño vacío de su alma y dió un rumbo distinto a su vida.

Beppo paseaba por las orillas de los canales cuando una risa le detuvo y le obligó a volver la cabeza. Fué una risa amplia, franca, armoniosa, llena de singulares ritmos, que voló sobre el canal como un ave invisible y maravillosa.

Al tenderse los ojos de Peppo sobre las apacibles aguas, pudo observar que bajo la tenue penumbra de la hora, envuelta en el dulce desmayo de los primeros suspiros de la noche una



La góndola se acercó a la...

sola góndola se deslizaba sobre la líquida superficie.

Y, sobre la góndola, advirtió algo cegador y prodigioso que, sin ser una luz, abrasó e iluminó su alma.

Eran unos ojos de mujer.

La góndola se acercó a la orilla y la pasajera y su acompañante—una anciana y enlutada señora—desembarcaron.

Beppo, entonces, pudo ver algo que hasta entonces no se había ofrecido a sus ojos.

Era una mujer alta y de rara perfección de líneas. Su mirada poderosa fascinaba. Su continente no tenía nada que envidiar al de una reina. Aquel bello exterior pregonaba preciosas virtudes interiores.

Al ver a Beppo y advertir el homenaje que le rendía con su mirada, la dama correspondió con una sonrisa de gratitud.

Beppo la siguió. Advirtió que vivía en una casa de apariencia señorial y se enteró de que se llamaba Laura y, como él, era huérfana.

Beppo era tan recio de voluntad como de músculos. Se propuso desde aquel mismo día

que Laura fuera su esposa y lo consiguió, tras un breve noviazgo en el que la dama tuvo tiempo suficiente para prendarse del que había de ser su esposo, tanto como éste lo estaba de ella desde la primera vez que sus ojos la descubrieron bajo la penumbra de un crepúsculo y sobre la lisa superficie de un canal.

II

Laura, huérfana también casi desde la infancia, llevaba antes de conocer a Beppo una vida desprovista de todo atractivo y encanto, y si no la enturbiaba la tristeza, era porque en el corazón de la joven no cabía este sentimiento.

Laura era una mujer sana y de espíritu animoso. No conocía la flaqueza humana y tenía un completo conocimiento de su deber. Esto, unido a que su conciencia no estaba empañada por la más leve sombra, impedía que se posesionara el abatimiento o la debilidad de su espíritu.

No carecía de nada. Su señora de compañía y ama de gobierno, doña Ambrosia, cuidaba con tacto exquisito de hacerle la vida fácil y cómoda.

En cuanto a distracciones, doña Ambrosia llevaba un especial registro en el que apuntaba,

día por día, los recreos, que habían de permitirse durante toda una semana. Teatros, paseos, fiestas, comidas, bailes, reuniones.

Esto último era lo que más de acuerdo estaba con los gustos de Laura, motivo por el cual doña Ambrosia no rechazaba una sola de las invitaciones que recibía para asistir a esta especie de fiestas.

Laura, pues, era muy conocida en la buena sociedad veneciana y tenía multitud de pretendientes. Pero la joven los rechazaba a todos. Ninguno alcanzaba el grado de perfección que ella había soñado para el que hubiera de ser su esposo.

Hasta que aquella tarde se encontró con Bepo. El contraste que ofrecía la reciedumbre de todo su ser con la distinción de su continente, atrajo poderosamente su atención. Físicamente, llenaba todas sus aspiraciones. Aquellos ojos oscuros, aquella nariz recta, la gallardía del tipo eran encantos poderosos que ninguna mujer podía rechazar.

No se imaginó ni por un momento que fuera comerciante ni marino. De aquí que recibie-

ra cierta desilusión al saberlo por el mismo Beppo.

Esta circunstancia estuvo a punto de dar al traste con las relaciones amorosas. Doña Ambrosia, con las libertades que le permitían sus años y el tiempo que llevaba sirviendo a su joven ama, calificó a Beppo de «marinerote» y aconsejó calurosamente a Laura rompiera el compromiso.

Laura quiso seguir los consejos de su fiel servidora y amiga, pero no le fué posible. Mucho más fuerte que su desilusión eran los encantos personales de Beppo. El hombre más gentil y distinguido no podría darle la menor lección de mundología. Para cerciorarse le llevó a una de las recepciones ofrecida por la más distinguida de sus amistades y, en efecto, Beppo, se comportó tan exquisitamente, que más de una joven amiga de Laura sintió el alfilerazo de los celos.

Inmediatamente, la voluntariosa dama resolvió casarse y prohibió terminantemente a doña Ambrosia hiciera el menor comentario deni-

grante sobre el hombre que iba a ser su esposo.

Se casaron. Laura, que en un mes de matrimonio tuvo suficiente para prendarse, hasta la abnegación, de su marido, habló a éste de unir sus fortunas, cosa que Beppo rechazó terminantemente.

—No, adorada mía—dijo con los ojos empañados de emoción y de gratitud—. Lo tuyo es para mí sagrado y no lo tocaré jamás. Mi fortuna y yo nos bastamos para que nuestro matrimonio sea lo que una esposa como tú merece. Mi *Paloma* vuela de horizonte a horizonte dejando mercancías y cargando oro. Si este barco no fuera suficiente adquiriríamos otros. El caso es que mi cara dueña viva como una reina. El caso es que mi Laura sea lo que debe ser y lo que yo quiero que sea.

Así hablaba Beppo.

Y, en efecto, de cada viaje, volvía el capitán con las manos llenas de oro.

Mas no todo eran glorias. Las continuas salidas del marino dejaban a Laura en una so-

ledad que despertaba en su alma lo que nunca había sentido : la melancolía.

Cuando *La Paloma* se hacía a la mar la esposa del capitán ascendía a la cumbre de una colina próxima a la costa y desde allí decía adiós al hombre siempre amado hasta que la popa de la nave se perdía en el horizonte.

Todo lo que en la partida era tristeza convertíase en alegría durante los regresos.

Laura contaba ansiosamente los días que faltaban para que la quilla de *La Paloma* cortara las aguas de Venecia y cuando el momento feliz llegaba, volvía a subir a la colina y de nuevo estaba agitando el pañuelo hasta que la ligera nave soltaba el ancla.

Entonces regresaba a casa y esperaba en el balcón la llegada de Beppo, el cual no la hacía esperar nunca más de unos breves minutos.

—¡ Qué alegría entonces ! ¡ Qué emoción tan incomparable cuando volvía a estrechar contra su pecho al esposo de su corazón !

Pero un día...

Era el fijado para el regreso de Beppo. Ape-

nas el sol envió al mundo sus primeros besos, Laura remontó la colina y esperó en ella a que en el horizonte apareciese la mancha blanca del velamen de *La Paloma*... Y esperó una hora, dos, tres, toda la mañana. Esperó vanamente el día entero.

Por la noche, cuando doña Ambrosia la vió aparecer pálida y abatida, presumió en el acto lo ocurrido.

—¿No ha vuelto?

—No—repuso Laura con patética sencillez.

Doña Ambrosia, enternecida, trató de animarla :

—Llegará mañana, tal vez el otro. Todo en este mundo está sujeto a un posible retraso.

—Beppo, mi Beppo, llegó siempre en el día y la hora prefijada. Beppo no se dejó nunca dominar por el mar.

No obstante, volvió a remontar al día siguiente la colina. Mas en vano también. Durante una semana entera los primeros rayos del sol y los últimos besaron a la afligida esposa que, erguida en la cima del montículo, oteaba ávidamente la extensión inmensa del mar.

¿Qué habría sido de Beppo? ¿Qué habría sido de *La Paloma*?

Mil veces hizo esta pregunta a los marinos del puerto, y mil veces obtuvo la respuesta de un encogimiento de hombros.

Quién podía saber la suerte que habría corrido Beppo y su nave. ¡El mar era tan inmenso!

—Yo, señora—díjole un día un viejo pescador que conocía a Beppo y le admiraba—, he peleado mucho con el mar y sé que cuando él dice allá voy, no hay fuerza humana que lo detenga. Para las olas un barco es un juguete tan fácil de romper como un muñeco para un niño. Una pluma en el espacio: he aquí lo que es un barco en el mar cuando éste tiene ganas de juego. Va de un lado a otro como una cáscara de nuez, las olas salvan la borda con un esfuerzo que casi no es esfuerzo. Las velas se desgarran, se quiebran los palos por la parte más débil. Un embate más fuerte del temporal, un vaivén más pronunciado de la navecilla, y embarcación y tripulantes se van a la

región de los peces. Creedme, señora, no esperéis a vuestro esposo.

Otro le habló de los terribles piratas ; otro, de ciertas regiones, de ciertas costas donde los barcos que fondean quedan prisioneros para siempre. Y Laura, una noche, soñó en una región inexplorada y misteriosa, donde los barcos perdían la dirección y navegaban años y años sin hallar ningún límite.

La desdichada se vistió de luto y dió a su esposo por muerto.

Pensó recluirse en un convento, pero doña Ambrosia la obligó a desistir.

Un convento fué su propia casa para la pobre viuda. Meses y meses estuvieron cerrados sus balcones y ventanas sin que nadie pudiera percibir una huella de vida en su interior.

Y cuentan que más de una noche se vió una figura de mujer en la cima de la colina tantas veces remontada por Laura.

¿Sería ella misma, que iba a explorar el misterio de las inconmensurables superficies marinas con la esperanza de obtener un indicio del paradero de su esposo?

III

Pero el tiempo, panacea de todos los dolores, fué cicatrizando la gran herida, y Laura abrió primero los balcones de su vivienda y después se asomó a ellos.

Un día incluso salió a dar un paseíto por lugares solitarios a la hora del crepúsculo.

Otro día le dijo doña Ambrosia :

—Mirad, querida mía, os envían una invitación para esta noche los señores de Francini. ¿Por qué no acudís?

Laura se aterroró.

—¡Jamás ! Mi pobre Beppo.

—¡Jesús, Jesús ! Siempre la misma cantinela. Vuestro esposo, hija mía, hace ya cerca de cuatro años que ha muerto. ¿Pretendéis seguir la costumbre de esos pueblos salvajes en que la mujer se suicida cuando muere el marido? ¡ Por Dios ! ¡ Si estáis que da miedo de

chupada y amarilla ! Hacedlo como medicina siquiera. La distracción es un remedio para vuestro mal y no tomarla es pecado grave, pues equivale a un suicidio.

Y doña Ambrosia siguió dando razones tanto o más convincentes que ésta, hasta que Laura, que en el fondo necesitaba y deseaba un poco de expansión, se rindió a las súplicas y decidió acudir aquella noche a la fiesta de los Francini.

Apenas entró en los salones donde ya buen número de parejas se entregaban a la agitación del baile, un rumor se oyó en el amplio recinto. Todos los amigos fueron a saludarla y le dedicaron las más cariñosas frases de bienvenida.

Uno de ellos sobre todo, el conde Leonardo, se excedió en gentileza llegando incluso a decir que la vida acababa en aquel momento de cambiar para él de color.

Laura quedó muy sorprendida de estas demostraciones pues la amistad que la unía al conde era muy superficial.

Mas, poco a poco, el exquisito caballero se

cuidó de que desapareciese este sentimiento de extrañeza, pues cuando Laura salió aquella noche del baile había intimado extraordinariamente con el conde.

Tanto, que antes de separarse de ella había logrado arrancarle el consentimiento de que al día siguiente fuera a visitarla.

El conde no se retrasó ni un segundo. A las cinco le había dicho Laura y a esta hora se presentó el gentil caballero en la vivienda que fué de Beppo años antes.

Se le hizo pasar a la sala principal de la casa. Doña Ambrosia quedó prendada desde el primer momento de aquel hombre tan exquisito que hablaba siempre con la sonrisa en los labios, tenía la piel tan blanca como la de una mujer e iba intensamente perfumado.

Tanto Laura como doña Ambrosia pasaron con él un rato encantador. Su cultura era superior aun a lo exquisito de su apariencia. Hablaba de todo y demostraba ser en todo un crítico de autoridad. Conocía varios idiomas, especialmente el francés, lengua en la cual recitó

algunas poesías. Luego dijo unos bellos versos escritos por él.

En el salón, sobre un clavicordio, se veía el estuche de un violín.

—¿Lo sabéis tocar vos?—preguntó el conde señalando el instrumento.

—No—repuso Laura—. Es un recuerdo de mi padre. Por eso lo tengo aquí.

Levantóse el conde, se apoderó del violín y comenzó a tocar una linda gavota que entusiasmó al auditorio.

Al despedirse contempló fijamente a Laura y lanzó un hondo suspiro.

Apenas la puerta se cerró tras él, doña Ambrosia comenzó a hacer alabanzas del conde y no concluyó hasta que hubieron cenado y se separaron para irse a sus dormitorios respectivos.

Al día siguiente, una amiga fué a visitarla para darle la enhorabuena por la suerte que había hecho. El conde era tan simpático como rico. Su fortuna no tenía rival en Venecia. Casarse con el conde Leonardo era la mayor suerte a que podía aspirar una mujer.

Laura protestó.

—No pienso casarme con el conde ni con nadie. Muerto mi Beppo, para mí no quedan maridos en el mundo. Aquél, aquél si que fué un hallazgo.

Y se echó a llorar desconsoladamente.

Doña Ambrosia se apresuró a darle una cucharada de cierto medicamento que tenía preparado siempre para estos casos y la amiga varió al punto de conversación.

Poco después llamaron a la puerta e inmediatamente, la camarera que había ido abrir apareció con un ramo de flores que casi llegaba al techo.

—De parte del conde Leonardo—dijo.

Laura, que profesaba a las flores un cariño exagerado, se mostró verdaderamente enternecida por el obsequio y, desde el fondo de su alma, dió las gracias al conde Leonardo.

Aquellas flores tuvieron la virtud de expulsar de su corazón la amargura que poco antes habíase apoderado de él y desde entonces soportó sin afligirse que su amiga le siguiera hablando del conde.

Al día siguiente y todos los de aquella semana, Laura siguió recibiendo el obsequio de un hermoso ramo de flores naturales, tan hermosas que nublaban la vista y tan frescas que mareaban con su perfume.

Continuó asistiendo la viuda a cuantas fiestas se la invitaba y en ninguna de ellas dejaba de esperarla el conde para hacerla objeto de sus exageradas cortesías.

Y llegó un día en que Leonardo le hizo una declaración de amor en toda regla.

IV

Es noche de Carnaval. Laura ha sido invitada a un baile de máscaras que se da en uno de los principales palacios de Venecia. El conde, que es ya su prometido oficial, va en su busca media hora antes de la anunciada para el comienzo de la fiesta.

Laura y doña Ambrosia terminan de arreglarse y parten los tres en el carruaje del conde.

Entran en el palacio. Los salones rebosan de gente, y las máscaras, casi tan numerosas como los que van sin disfrazar, bromeaen.

Un sexteto lanza constantemente al aire las notas de alegres pavanas y lindos minuets. En unos salones se baila, en otros se charla y se fuma, en otros se comen golosinas y se beben licores.

Se oye de pronto un grito y todo el mundo se vuelve. Es un bromista que ha tenido el humor de disfrazarse de tigre y con tanta pro-

piedad que sólo cuando se pone en pie y se echa a reír se da cuenta la concurrencia de que no es un tigre de verdad.

Entran a continuación otras máscaras que son aplaudidas.

Laura se siente tan divertida como hace mucho tiempo no se ha sentido. No pierde baile e incluso acepta una copita de exquisito licor que el conde le ofrece.

Promedia la fiesta cuando se siente agobiada por el calor. El conde, su prometido, siempre oportuno y dispuesto a servirla, la invita a dar un paseo por el jardín, cosa que Laura acepta de buen grado.

Salen del brazo a las umbrosas avenidas que semejan bóvedas de follaje. Cantan los mirlos en los altos árboles y murmuran las fuentes entre las flores. Sopla una brisa ligera y vivificadora.

—¡ Oh, qué hermoso ! ¡ Qué alivio ! Si hubiera un banco.

El conde, que conoce todos los rincones del jardín, la conduce inmediatamente a uno.

Laura dice.:



Es un caballero vestido de turco.

—Me siento feliz, Leonardo.

El conde sonríe complacido y responde a la frase halagadora con su acostumbrada exquisitez.

Constantemente, pasan máscaras por delante de ellos. Casi todos les conocen y les saludan.

Mas, de súbito, surge una de entre los macizos que no sonríe como las demás y que atrae especialmente la atención de la pareja. Es un caballero vestido de turco. Las barbas le llegan al pecho y las canas blanquean su cabeza. La máscara se detiene un instante ante ellos y les mira fijamente. Luego continúa su camino.

Cuando se pierde de vista, el conde advierte que Laura tiembla y est  pálida como la muerte.

El conde pregunta y ella balbucea :

—Esa mirada es idéntica a la de Beppo. Jurar a que es él.

El conde se contagia de la inquietud de Laura. Trata de tranquilizar a su prometida pero

se da cuenta de que antes debe procurar tranquilizarse a sí mismo.

—Vámonos, Leonardo, vámonos.

El conde obedece. Se dirigen al próximo canal y toman una góndola que les deja casi en frente mismo de la casa de Laura.

El conde es el primero en saltar a tierra y ayuda a hacerlo a la amedrentada viuda.

No han avanzado aún media docena de pasos cuando la figura de la misteriosa máscara vuelve a surgir ante ellos.

—Escuchadme un instante, pareja enamorada.

Al oír esta voz, la dama profiere un grito.

—¡Beppo!

—Sí, Beppo soy. ¿Creías que había muerto? Pues no : sólo he sido prisionero de unos turcos malvados que me despojaron de todo lo que poseía y me han hecho vivir durante unos cuantos años en un constante suplicio.

¿Qué pasa por Laura al ver a su esposo envejecido por los sufrimientos? Se nublan sus ojos, toda su alma se conmueve, se desprende del brazo de doña Ambrosia, la cual tiem-

bla aún de pies a cabeza y cae arrodillada a los pies de su esposo.

—¡Perdón, Beppo, perdón!

—¿Por qué?

—Por haberte olvidado.

Beppo la levanta con sus brazos aun vigorosos.

—No tienes tú la culpa de lo ocurrido, Laura mía.

—¿De veras me perdonas? ¡Oh, gracias, gracias, Dios mío! Yo te cuidaré, yo haré que a fuerza de dulzuras olvides los pasados sufrimientos. ¡Pobre esposo mío! ¡Pobre esposo mío!

Pero Beppo se yergue, contrae los músculos y comba el tórax.

—No me compadezcas ya, Laura. Tu amor me rejuvenece. Beppo volverá a ser el mismo de antes. De nuevo seré rico para ti, de nuevo seré joven para mi Laura... Ahora sólo queda por solucionar una cosa. ¿Has dado palabra de casamiento a este caballero?

Laura mueve la cabeza afirmativamente. El

conde se echa de nuevo a temblar, acometido por un funesto presentimiento.

—Bien—continúa el capitán—. Comprenderéis, caballero, que mi esposa no puede cumplir la palabra dada. Si deseáis una satisfacción yo os la daré con mi acero. Podemos batirnos esta misma noche.

—¡Oh, no!—se apresura a responder el conde muerto de miedo—. Laura es vuestra esposa. Os pertenece y mi honor lo reconoce así.

Y saludando brevemente, se retiró, pero tan azorado iba que no vió a doña Ambrosia, la cual se hallaba a unos pasos de ellos, y dió contra ella tan tremendo encontronazo, que ambos hicieron al suelo una visita.

Beppo y Laura ni siquiera se dieron cuenta del incidente, tan absortos estaban en la renovación de sus inolvidables amores.

Al día siguiente, el conde Leonardo salió de Venecia, temeroso de que al capitán se le ocurriese insistir en el desafío.

Beppo se rasuró las barbas e hizo añicos sus ropas de turco.

Y la felicidad volvió, tan plena, tan completamente como la experimentara Laura cierta tarde, a la hora del crepúsculo, al ver por primera vez a Beppo... Beppo, que era el hombre ideal, el hombre soñado.



